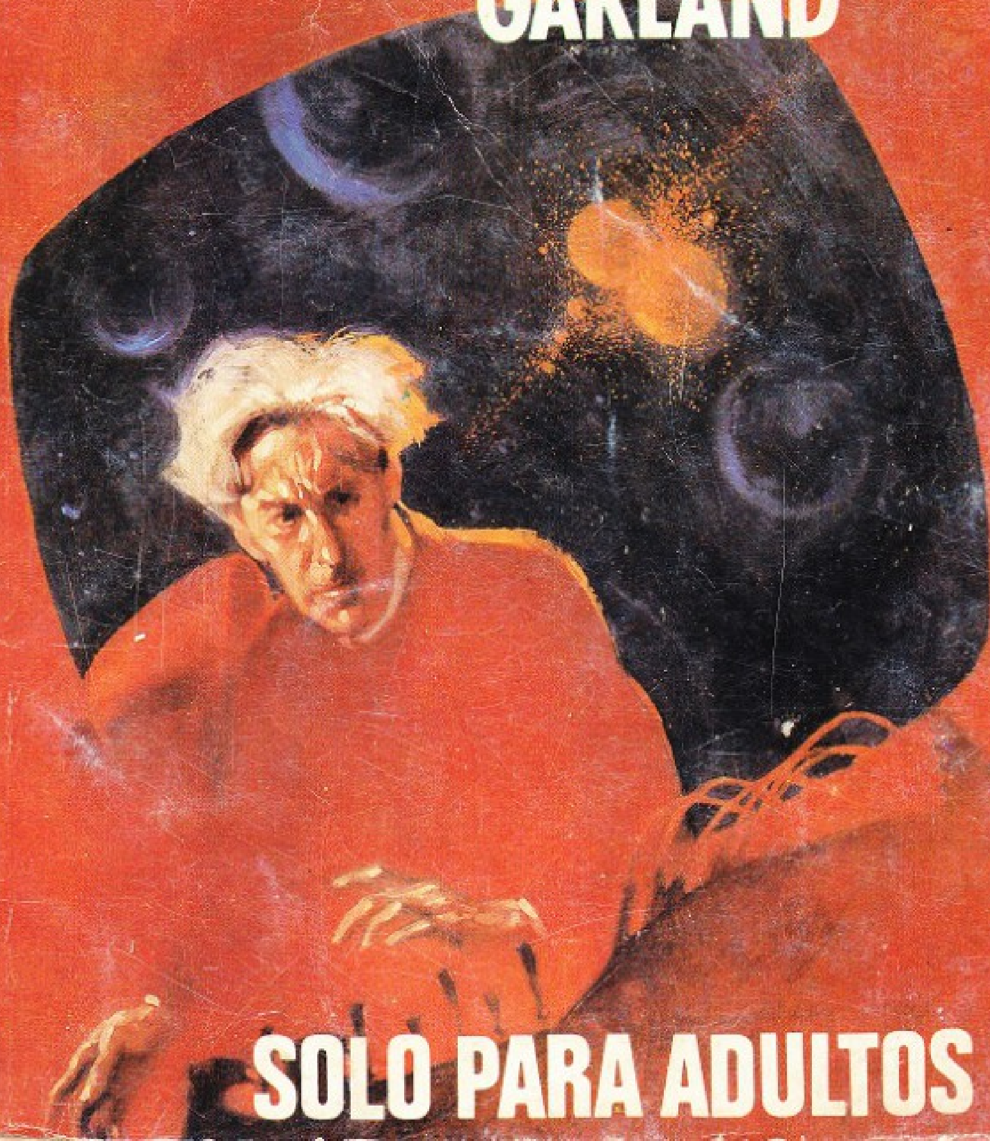
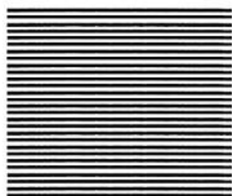
héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA

FABRICANTE DE DIOSES

CURTIS
GARLAND

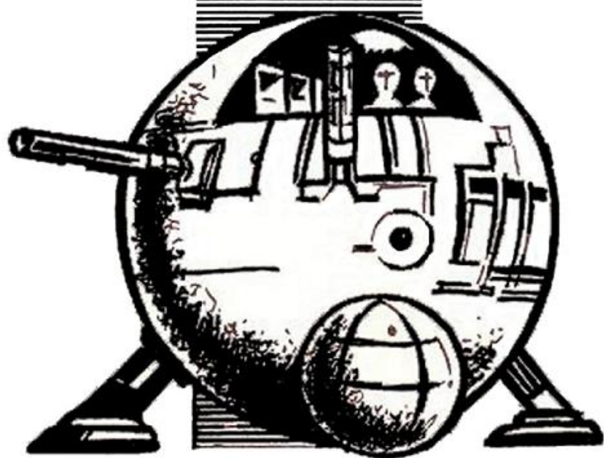


SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

136 — *Lluvia roja,* Joseph Berna.
137 — *El planetoide.* Roben Quant.
138 — *Planetas gemelos,* Joseph Berna.
139 — *El regreso,* Burton Haré.
140 — *Alguien llamado hombre.* Elliot Dooley.
141 — *El final del déspota.* Law Space
142 — *Los magnicidas del tiempo,* A. Thorkent.

CURTIS GARLAND

EL FABRICANTE DE DIOSES

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 143
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7 Depósito legal: B. 39.138-1982
Impreso en España - Printed in Spain
1. ª edición: enero, 1983
2. ª edición en América: julio, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA

Parets del Valles (N-152. Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

Rocco Adonis giró la cabeza, mirando a los otros con frialdad.

—No me gusta esto —dijo secamente.

—¡Mira éste! —rezongó «Killer» McAdams con voz áspera llena de sarcasmo—. ¿Acaso crees que nos gusta a nosotros? Pero es lo menos que podíamos hacer. Lo único para ser más exactos.

—Es cierto —corroboró Rick Dolansky con aire ausente—. No había otro camino. Esto... o morir como ratas.

—Aun así no me gusta —insistió Adonis con obstinación digna de mejor causa—. Todo esto que me rodea me da escalofríos.

—A mí me los daba pensar en la cámara de ejecuciones, Rocco —se irritó McAdams—. Aprecio mi pellejo lo bastante para no querer verlo disolverse en humo, dentro de unas paredes grises y herméticas.

—Piensa un poco en los demás, Rocco —terció de nuevo Dolansky bostezando—. Allá se quedaron Gregory, Láveme, Harvest, McCoy... ¿Qué les espera a todos ellos? La muerte a plazo fijo. En esa misma horrible cámara que ha mencionado Joe.

—¿Y qué? ¿Qué nos espera aquí dentro a nosotros?

—Cuando menos, la duda. Puede que encontremos la muerte, o puede que no. vamos a intentar sobrevivir. Creo que somos bastante afortunados en tener esa oportunidad.

—Es como si no tuviéramos ninguna. Ni siquiera somos astronautas. No sabemos conducir este trasto. No entendemos nada de sus mecanismos ni de sus malditas computadoras.

—Duprez lo sabe —bostezó de nuevo Dolansky con hastío—. Duprez fue astronauta antes de convertirse en un asesino como nosotros. El tiene conocimientos de astronáutica y de cibernética.

—¿Y dónde está ahora ese diablo de Duprez? No lo veo por aquí...

—Precisamente está recibiendo instrucciones adecuadas para

sacar adelante este vehículo, mejor o peor.

—¿No sería posible que el tal Duprez fuese sólo un espía infiltrado entre nosotros? —sugirió de repente Rocco Adonis con recelo en su moreno rostro latino.

—No digas tonterías. Para espiarnos ¿qué? Va a ser lanzado, como nosotros, a una misma y desesperada aventura, como voluntario cuyo número fue escogido por el azar. Nos vamos a alejar para siempre del mundo que conocemos, y a ir sólo Dios sabe adónde, Adonis. ¿Qué diablos podría hacer ese hombre, Duprez, con todos nosotros, a millones de millas de la Tierra, navegando por el resto de nuestras vidas en el espacio?

—Pero está mi botín —jadeó Adonis con voz ronca—. Todos sabéis que hubo un botín en aquella masacre. Y sólo yo en todo el mundo pude revelar a todos los demás dónde oculté una fortuna en piedras preciosas y en dinero. Una fortuna de cientos de millones… Por saber su paradero, la policía daría lo que fuese, bien lo sé.

—Estás diciendo disparates —rezongó McAdams —. Este tesoro, cuando estemos sobrevolando Marte, Júpiter o Saturno, nos valdrá de bien poco a todos, incluidos la policía y Duprez. Este es un viaje sin retorno, amigo. Y todos lo sabíamos cuando se nos ofreció la posibilidad de conmutar la pena capital por la de este viaje al infinito, rumbo a las estrellas, ¿está eso claro, Adonis? Luego, el azar decidió quiénes de entre los penados voluntarios debían ocupar las cinco plazas de la nave. Y aquí estamos ahora esperando el momento de partir hacia el infinito para siempre.

—Tú lo has dicho —habló Adonis, rápido—. *Cinco* voluntarios. Somos tres. Con Duprez, sólo cuatro. ¿Dónde está el otro?

—No lo sé, ni me importa —gruñó McAdams—. Ya vendrá en su momento, o la expedición se reducirá a cuatro, qué diablos. De un modo u otro, no vamos a hacer ningún acto heroico ni ninguna hazaña científica por la Humanidad. Sólo vamos a ser conejillos de indias de un experimento. Es todo.

—Oh, sí. Un experimento fantástico —murmuró Adonis con sarcasmo—. Seremos los primeros viajeros al espacio que alcancen los límites del Sistema Solar y salgan de él para no volver jamás, hasta morir de viejos o desintegrados en el espacio. ¡Tiene gracia! La Historia, cuando hable en el futuro de los primeros astronautas que sobrevolaron Marte , Venus, Júpiter, acaso otras galaxias, si hay

suerte para ello y este viaje se prolonga más de lo previsto... hablarán de cinco reclusos, cinco asesinos condenados a muerte que realizaron la gesta del Nuevo Mundo en los albores del siglo XXI...

—Es un modo de pasar a la posteridad, después de todo —rió Dolansky—. Yo no podía pensar, cuando le pegué cuatro tiros a aquel policía, que iba a obtener a cambio de ello el billete para las estrellas.

—Yo, si acepté esta locura, no fue por salvarme de la cámara de ejecuciones, sino por disponer de una oportunidad, por remota que fuese, para evadirme —confesó roncamente Adonis.

McAdams soltó una carcajada y meneó su albina cabeza de pelo corto y ralo con aire casi divertido. Se ganó una ceñuda y nada amistosa mirada del fornido *gánster* mediterráneo.

—No le veo la gracia —gruñó éste, algo rígido.

—Perdona, pero la tiene —rió todavía McAdams—. Si pensaste eso alguna vez, olvídalo. Nadie escapa de un centro de la NASA repleto de fuerzas de seguridad, patrullas policiales y destacamentos del ejército. Y menos aún cuando estemos en pleno vuelo. ¿Adónde irías, si pudieras salir de esta nave?

Hubo un profundo silencio que ninguno se atrevió a quebrar. Dolansky, acaso para relajar un poco la tensión entre los antiguos ocupantes de las celdas de la muerte en la moderna penitenciaría de San Quintín, con sus nuevos métodos de ejecución, asépticos e indoloros según afirmaban sus administradores, que no sus víctimas, se movió por la cabina de mandos de la nave espacial, revisando los mecanismos y las pantallas de las computadoras, así como el complejo cuadro de controles con sus innumerables teclados de diversos colores alineándose como enigmas electrónicos muy alejados de su reducida capacidad tecnológica e incluso intelectual.

—La verdad es que no entiendo nada de esto —confesó al fin, sacudiendo la cabeza con disgusto—. Ese Duprez debe ser un genio para saber saberse mover entre tantos chismes raros. ¿Cómo llegaría a convertirse en un criminal?

—Eso es una de las cosas que no me gustan de ese tipo —replicó Adonis ceñudo—. Es demasiado listo y culto para haber hecho una estupidez que le llevara a la cámara de ejecuciones.

—Eso es una simpleza —se irritó McAdams—. También los listos cometen errores. ¿O pretendes decir que los que estamos en este

trance somos imbéciles ignorantes? Yo no me tengo por tal. Pude haber sido maestro de escuela. Pero dejé los estudios cuando robé mi primer Banco para dar de comer a mi mujer y a mis dos hijos de una manera decente y digna. Ahora, ella está con otro y los niños en un establecimiento del Estado. No valía la pena, pero eso entonces no lo sabía. Y así he llegado a lo que soy, pero no me considero un idiota. Otra cosa es que no entienda demasiado de computadoras y menos de naves espaciales.

En ese momento, la puerta de la nave se abrió suavemente, deslizándose el panel metálico en el fuselaje sin ruido alguno. Todos giraron la cabeza. Asomaron los cascos metálicos de los dos miembros de seguridad de la NASA, provistos de modernos fusiles ametralladores tipo *Reinhart,* creados por un tal Helmut Reinhart en 1995. Eran unas preciosas armas, capaces de disparar todo tipo de balas: unas adormecedoras, como dardos… y otras explosivas, capaces de volarle la cabeza a un tipo de un solo impacto a distancia.

—Eh, tenéis visita —anunció uno de los vigilantes—. Vuestro compañero número cinco ha llegado ya de la Penitenciaría de Detroit donde estaba confinado. Acogedle bien… pero no demasiado. No os va a gustar su modo de reaccionar, estoy seguro.

Se miraron entre sí los dos vigilantes, riendo de modo irónico, antes de apartarse para dejar paso a una persona que pisó el umbral de la cámara de controles de la nave. Apenas lo hubo hecho, uno de los miembros de Seguridad la despojó de sus anillas metálicas, retirándose con su compañero. La puerta se cerró de nuevo tras ellos, tan silenciosamente como al abrirse.

—Hola —saludó la persona recién llegada—. Soy vuestro cantarada, muchachos.

Los tres miraron con asombro aquel rostro y figura. Luego, cambiaron entre sí una mirada de infinito estupor.

El miembro número cinco de la extraña tripulación de penados… era una mujer.

* * *

—Una mujer… ¿Cree que es una buena idea, realmente?

—Sí, señor. Lo creo. Puede ser el revulsivo que incline a esos hombres a actuar como esperamos que lo hagan.

—Yo no estaría tan seguro. Puede ser algo más que un revulsivo: cuatro hombres y una mujer, un largo aislamiento, tensiones, caracteres violentos... Eso podría convertirse en un auténtico infierno.

—Por ella no debería temer, señor —sonrió el hombre joven, erguido ante el de más edad, que se sentaba en la cómoda butaca del confortable despacho—. Es judoka, posee una fuerza física envidiable y es una persona astuta, siempre en guardia. Un bocado difícil incluso para fieras como McAdams o Adonis.

—Ojalá tenga razón —resopló el hombre del butacón, pasándose lenta una mano por sus blancos cabellos—. Se va a meter en una tarea difícil, muchacho.

—Lo sé. Lo supe desde el principio, señor.

—¿No le asusta lo que pueda suceder dentro de esa nave?

—Asustarme, no. Preocuparme... sí, lo confieso: un poco.

—Ellos podrían sospechar de usted, creerle un espía...

—Y aceptarían —rió el joven, moviendo la cabeza—. Paul Duprez, condenado a muerte por doble asesinato y robo de lingotes de oro. Canadiense de veintisiete años, ex miembro de la NASA y con estudios de Cibernética y Astronáutica. Soltero. Violento y de difícil carácter. Es todo lo que saben ellos de mí, señor. Oficialmente, soy todo eso. Y mi sentencia a la última pena ha sido conmutada por la de un viaje sin retorno posible, a los confines del Sistema Solar, en la nave *América I.* No tienen por qué dudar de ese historial.

—Pero puede que duden. Sobre todo, Adonis. Ese tal Rocco Adonis es un *gánster* de la moderna Mafia. Duro, desconfiado, tan inteligente como culto. Recela de todo y de todos. Si McAdams es un psicópata, él es un asesino frío y cerebral, capaz de torturar a sus víctimas antes de asesinarlas sin piedad, como ya hizo con un par de decenas de personas en su Sicilia natal, en Nápoles y en los Estados Unidos cuando emigró. Y, sobre todo, sabe que buscan su botín de la última y feroz fechoría. Sospechará de todo el mundo.

—¿Incluso cuando se vea en el espacio, a miles de millas de la Tierra, y sin posibilidad humana aparente de regresar a por su tesoro oculto?

—No sé, tal vez entonces se convenza, muchacho, pero tengo mis dudas. Si llegara a sospechar la verdad...

—No creo que pueda hacerlo, señor —sonrió Duprez—. Nadie sospecharía de una situación así. El plan es perfecto. Recuerde que ninguno de ellos sabe gran cosa de astronáutica, que las computadoras están programadas adecuadamente, que el más mínimo detalle ha sido cuidado y calculado. No cabe en lo posible, de modo alguno, que ninguna de esas personas que va a compartir conmigo el viaje espacial mas allá de nuestro Sistema Solar... llegue a saber que el tal es una farsa, y que jamás...*jamás llegaremos a abandonar el suelo terrestre durante el supuesto viaje.*

CAPITULO II

—¿Quién es usted, encanto?

—Marla Davis. ¿Y tú quién eres? —la respuesta de ella fue desgarrada, disparada con tono desabrido por aquellos bonitos y rojos labios carnosos.

—Rocco Adonis. Todo el mundo me conoce.

—Claro. Incluso yo —ella enarcó las cejas—. Un *cappo* de la Mafia, ¿no?

—Algo así. Pero yo no he oído hablar nunca de ti —receló él—. ¿Quién eres, aparte de Marla Davis?

—Si te digo que me apodan «La Trituradora», tal vez te aclare las ideas, amigo.

—¡«La Trituradora»! —masculló el mañoso, atónito, dando un paso atrás—. ¿Tan joven y atractiva? Siempre imaginé que la asesina de Chicago era una especie de matrona grande, hombruna y brutal.

—Pues te equivocaste de medio a medio, mafioso —rió ella, despectiva, encogiéndose de hombros—. De hombruna nada. Me gustan los hombres demasiado para eso. Y no creo que sea vieja ni mal parecida.

—Eres preciosa —corroboró McAdams, perplejo—. Pero tampoco me hubiera imaginado a una fulana capaz de matar a la gente

aplastándoles el cráneo o rompiéndoles el cuello de un solo golpe, capaz de tener un aspecto como el tuyo, compañera.

—Pues aquí me tenéis. Si dudáis de que yo sea «La Trituradora» puedo probároslo fácilmente.

—No, gracias —rechazó el albino, precavido.

—No me refería a ese modo de probar nada —rió Marla irónica —. No tengo por qué aplastar vuestras cabezas, ahora que vamos a ser compañeros de viaje. Pero veo que tu llevas una pulsera de acero…

—Es un recuerdo de familia —explicó Rocco, mostrando con orgullo la ancha anilla de metal que rodeaba su muñeca derecha, a modo de pulsera—. Me la regaló mi hermano Renzo antes de que le cosieran a balazos los de la banda de Stacatto… Está hecha con metal de las balas fundidas con las que mi hermano liquidó al padre de los Stacatto y tuvo la santa paciencia de fundirlas y hacer esta pulsera. Era un buen metalúrgico mi querido Renzo, amiga mía.

—No hay duda. Y muy original en sus regalos —comentó la mujer con sarcasmo—. ¿Me quieres prestar un momento esa pulsera?

—Claro —soltó el cierre y se la tendió, sorprendido—. Si pretendes doblarla o retorcerla, no vas a deslumbrarnos con la hazaña, «Trituradora», Yo también soy fuerte y puedo hacer algo parecido con la pulsera si me lo propongo.

—No haré eso —ella tomó el aro de acero en sus dedos—. Si la arrugo, no podrías usarla de nuevo. Pero si la parto, será fácil volver a unirla fundiendo el metal… o soldándolo.

Y ni corta ni perezosa, ante el pasmo general de los tres hombres, sus femeninos y en apariencia frágiles dedos tomaron la pulsera… y la partieron limpiamente en dos, con un seco crujido del acero.

Apenas pareció hacer esfuerzo. Sólo tiró de una parte del metal en dos direcciones, una con cada mano, y el acero se rasgó como si fuese cartulina. Devolvió la pieza al estupefacto Rocco, que la contempló sin dar crédito a sus ojos.

—Cielos… —jadeó Dolansky con estupor—. Siempre me consideré un tipo fuerte. Pero jamás hubiera podido hacer nada semejante. ¿Dónde obtuviste esa fuerza física, muchacha?

—Artes marciales —rió ella con suavidad, encogiéndose de hombros—. Cuando se domina la técnica, es sencillo romper

metales, ladrillos o piedras. Cuanto más, cabezas y cuellos humanos.

Y sin dar más importancia a su gesta reciente, se acercó a los paneles de controles de la nave, examinándolos con aire absorto.

—¿Entiende de esa clase de chismes, Marla? —se interesó McAdams, tratando de mostrarse cortés con la impresionante muchacha rubia que acababa de hacerles tal demostración de poder físico.

—Prácticamente nada —negó ella—. Trabajé en una empresa de electrónica, pero sólo domino un poco los ordenadores sencillos y los circuitos de televisión en color y relieve. Muy poca cosa para servir de algo en este vehículo. ¿Quién de vosotros es el que entiende de astronáutica lo suficiente?

—Ninguno —suspiró Rocco—. Falta el quinto miembro de la tripulación.

—¿Quién es él? —el tono de Marla se tornó desconfiado.

—Un tal Paul Duprez. Una canadiense condenado a muerte, como nosotros, por el delito de asesinato en primer grado.

—Ah, ya —al rostro de Marla reflejó ahora relajamiento y confianza—. He oído hablar de él en Detroit. Dicen que es un guapo mozo. Pero implacable y duro como pocos. Liquidó a varias personas para robar lingotes de oro. Les costó mucho darle caza. Y varios policías mordieron el polvo en el intento, antes que fuese aprehendido. Un tipo interesante, sin duda. Pero no sabía que entendiera de astronáutica.

—Fue astronauta —explicó Dolansky—. La codicia le perdió. Esos lingotes de oro eran de la NASA. Es decir, del Gobierno. Y se iban a emplear en fabricar sofisticados mecanismos para un viaje espacial determinado. Era oro puro, oro del mejor, y valía una fortuna.

—Bueno, puesto que él ha de ser nuestro comandante de vuelo en tal caso, imagino que tenemos que esperar su llegada, nos guste o no.

—Así es. Está recibiendo instrucciones para el vuelo. No puede tardar ya.

—¿Existe alguna posibilidad de sobrevivir?

—No lo creo —McAdams gruñó esas palabras con pesimismo—. Este trasto nos llevará a través de todo nuestro Sistema Solar. Si resiste, saldremos de ese Sistema para hundirnos sin remedio en el

vacío exterior, lejos de todo lo conocido por el hombre. Un viaje sin retorno en todo caso, Marla. Esa gente no es tonta. Nos eligieron a cinco criminales por sorteo, simplemente para darnos la oportunidad de sobrevivir.

—Supongo que el sorteo sólo sería para elegir a nosotros cuatro —apuntó Marla—. Debe haber pocos astronautas condenados a muerte en las celdas...

—Cierto —aceptó McAdams encogiéndose de hombros—. Duprez no salió por sorteo como nosotros. Le hicieron la proposición: su indulto a cambio de convertirse en un cobaya más, y dirigir esta expedición sin retorno. Si nos salvamos, si alcanzamos un mundo habitable y nos quedamos en él, habremos ganado nuestro derecho a sobrevivir, son las condiciones. Si volvemos a la Tierra por la razón que sea, también se nos indultará automáticamente. Ellos saben que no podemos volver. De modo que juegan sobre seguro.

—Y la única posibilidad de supervivencia es otro pía neta, otro mundo.

—Exacto, Marla. Una posibilidad entre un millón. Que sepamos, ninguno de los planetas del Sistema Solar es habitable. Y menos lo irán siendo a medida que nos alejemos del calor y de la luz solar, naturalmente. Eso lo sabe hasta el más lerdo.

—Queda la posibilidad de abandonar este Sistema y penetrar en la inmensidad de nuestra Galaxia —señaló Dolansky—. Tal vez otro mundo, otros soles...

—Estás soñando, amigo —masculló Rocco. . —No, no sueña —terció repentinamente una fría, dura voz, procedente de la puerta de acceso a la nave, que se había abierto de repente—. Como él dice, yo también confío en la posibilidad, amigos.

Todos se volvieron. El hombre joven, alto, arrogante, ataviado de astronauta, con una sonrisa áspera en su rostro, viril y anguloso, hizo una leve inclinación de cabeza desde el umbral. Tras él, las siluetas de los guardianes armados de la NASA eran claramente visibles.

—Hola, camaradas —saludó el recién llegado—. Yo soy Paul Duprez. Seré comandante de esta nave duran te su vuelo, y la única posibilidad que tendremos todos de sobrevivir el mayor tiempo posible y tener una esperanza de vida en el futuro, será obedeciéndome en todo y manteniendo la disciplina a bordo.

—A mí eso no me gusta mucho —replicó Rocco. tajante—. Yo soy indisciplinado. Me gusta que me obedezcan en todo caso, no obedecer yo.

—Muy bien —los fríos ojos oscuros del joven canadiense se clavaron en él, imperturbables—. En ese caso, dirige tú la nave, Rocco. Maneja los controles y aceptaré tus órdenes.

—No entiendo nada de este maldito chisme, bien lo sabes —refunfuñó el mafioso.

—En ese caso, no seas idiota —replicó Dolansky con acritud—. Te obedeceremos, Duprez, puedes estar seguro.

—Por supuesto —sonrió McAdams, irónico—. Eres nuestra única oportunidad, canadiense.

—Pienso igual —aceptó Marla de mala gana, estudiando con interés muy femenino a su compañero de vuelo—. Eres el capitán. Dirige esto. El que no está de acuerdo, deberá vérselas con los demás.

—Gracias, amigos —Duprez siguió escudriñando con hostilidad a Rocco—. ¿Qué decides ahora?

—Vete al infierno —se irritó el *gánster*—. Parece que no hay otro remedio que admitir lo que opinan todos. Acepto tu autoridad. Pero sólo mientras estemos en esta nave.

—Mucho me temo que sea harto remota la posibilidad de posarse en algún mundo habitable —sonrió fríamente Duprez, avanzando hacia los controles, que examinó de una ojeada, con aire crítico, alabando después—: Es el más moderno sistema de mandos que he visto en una nave espacial. Han progresado mucho en los últimos cinco años. Pero eso no hará sino facilitar las cosas. Comprobad si tenéis vuestros trajes espaciales presurizados, los equipos de análisis de atmósfera, las provisiones y cuanto es preciso para asegurarnos de un posible aterrizaje en algún planeta con posibilidades de supervivencia, así como de nuestro mantenimiento normal a bordo. Os voy a entregar a cada uno una tarjeta que me han facilitado las autoridades de la NASA, donde se detalla cuanto precisa cada individuo para este viaje. Comprobadlo con detalle. También figuran al dorso de esa tarjeta las instrucciones personales para vuestros deberes y obligaciones dentro de la nave el tiempo que dure nuestro viaje. Todo se debe cumplir escrupulosamente, por bien de nosotros mismos, recordadlo. Ahora, iniciemos esa revisión completa, antes

de partir.

—¿Falta mucho para la partida? —se interesó nervioso, Rocco.

—No mucho. Ya ha empezado la cuenta atrás. Dentro de pocas horas se habrá iniciado el viaje, Adonis. Un viaje que no sabemos si terminará alguna vez... o será nuestra tumba definitiva. Cuando menos, hay pro visiones deshidratadas para un periodo máximo de diez años. El aire se renueva por sí mismo, eliminando el anhídrido carbónico de modo automático, y la temperatura, presión y gravedad artificial, se mantienen constantes gracias a la regulación del computador central. En tanto funcione correctamente todo eso, no tenemos nada que temer. De la disciplina y buena voluntad de todos, depende que las cosas sigan igual. Si uno de nosotros intenta dañar algo y perjudicar a los demás, perjudicándose a sí mismo, supongo que los otros cuatro adoptarán la medida oportuna.

—Eliminarlo en el acto —sentenció rápido Dolansky.

Marla y MacAdams asintieron con la cabeza. Al fin, Rocco también afirmó, no muy convencido.

—No temáis —jadeó—. Seré disciplinado como el primero.

—Eso está mejor —sonrió Duprez algo más suavemente—. Ahora, procedamos a la revisión. Luego os explicará ciertos detalles vitales para nuestras tareas. Y después... que Dios, si existe en realidad, se apiade de nosotros en esta aventura suicida por la que cambiamos un modo de morir por otro... pero con la esperanza remota de que pueda existir una posibilidad de supervivencia para todos.

* * *

—La nave ha partido. Justo en este momento, señores.

Y el alto ejecutivo de la NASA sonrió significativamente, contemplando con suave ironía a sus interlocutores.

Estos se miraron entre sí. El más grueso de ellos, que era además el peor vestido, se removió inquieto, como si flotara su cuerpo rechoncho dentro de un traje confeccionando, dos tallas mayor que él. El otro, alto y con gafas de montura carey, se limitó a esbozar una sonrisa burlona y tabalear distraído sobre un maletín de piel oscura de ejecutivo.

—Supongo que bromea, señor Gullagher —rezongó el hombre gordo.

El llamado Gullagher se echó a reír, meneando la cabeza con aire divertido.

—Por supuesto, amigo mío —confesó afablemente—. Todos sabemos que esa nave no va a moverse de su emplazamiento en ningún instante.

—¿Y los ocupantes no pueden notarlo? —dudó el gordo.

—Imposible, inspector Haycox —rechazó el hombre de la NASA —. Todas las medidas han sido tomadas al respecto. Sabemos que son criminales, no demasiado listos ni cultos, pero no por ellos estúpidos y ciegos. Los trucos están a punto para cada momento.

—¿Trucos? ¿Qué clase de trucos, exactamente?

—Bueno, la explosión de aparente partida, pongamos para empezar. Ellos, dentro de la cápsula, sentirán la sensación de despegue, la pérdida de gravedad, la alteración de presión y todo cuanto implica un despegue de la Tierra, rumbo al espacio. Luego, el supuesto vuelo se estabilizará. Creerán flotar en el vacío, rumbo a alguna parte. Sólo será una sensación, no una realidad. La cápsula del *América I* estará en todo momento fijo al suelo, y bien fijo, sin moverse de esta base.

—Pero pretenderán ver el exterior a través de las escotillas… Incluso es posible que pretendan salir al exterior y flotar en el vacío, ver los planetas, las estrellas, sentirse maniobrando especialmente en el espacio…

—Todo ello será posible. La nave habrá descendido, en el momento de su «partida», a una zona del subsuelo donde se ha fingido un espacio cósmico en apariencia real, donde astros, planetas y toda clase de detalles, reproducidos a escala, y montados en una enorme cámara negra de vacío, dará la impresión a los astronautas de hallarse en el cosmos, lejos del planeta Tierra. Las sensaciones físicas y anímicas serán exactas a las reales, se lo garantizo. Nuestros expertos han cuidado ya de ellos previamente.

—Imagine que la situación dentro de esa nave, por claustrofobia o lo que sea, exige que salgan al exterior, que se posen en un mundo, el que sea, aunque deban llevar sus trajes presurizados de cosmonautas… ¿Qué sucederá si la crisis es irremediable?

—También está prevista esa contingencia extrema y su solución:

se «posarán» en un «planeta desconocido» donde podrán respirar aire normal.

—¿Cómo se realizará el truco?

—Hay una zona acotada especialmente, no lejos de esta base. Un desierto donde no puede entrar absoluta mente nadie. Un área restringida, en la que nada es visible, salvo dunas arenosas, piedras y cielo. La nave sería lanzada hacia allí, sin que ellos lo advirtieran, gracias a la proyección sobre sus escotillas visoras, de una serie de imágenes ya previstas, en filmación estereoscópica. Al abrir la puerta de la nave, se verían en ese desierto, aparentemente un mundo lejano, donde poder respirar aire libre y resolver los problemas, bajo el control de nuestras cámaras de TV a distancia.

—Parece que todo está previsto, por tanto —apuntó gravemente el hombre alto, de gafas carey.

—Por completo, señor Dodsworth —asintió Gullagher con énfasis —. Todo en absoluto. Ustedes, los del Departamento del Tesoro, así como el FBI y nosotros, la NASA, estamos cooperando cuanto es posible para recuperar el enorme botín de joyas y dinero de Rocco Adonis, beneficio de sus crímenes. Se ha gastado mucho para encontrar ese tesoro robado. Confío que se recupere al final de la prueba.

—Si se encuentra, los beneficios serán cuantiosos —aseguró Haycox con gravedad—. Según nuestros datos, esas piedras preciosas y ese dinero en efectivo alcanzan una suma enorme. Si hemos gastado un total de un millón de dólares en todo esto, sepa que el beneficio para el Gobierno puede ser de dos o trescientos millones.

—¿Tan grande es el botín de Rocco Adonis? —se asombró el ejecutivo de la NASA.

—Así es —corroboró Dodsworth, del Tesoro—. El mayor conseguido por delincuente alguno en la historia de este país. Mi Departamento calcula su valor exacto en unos doscientos noventa millones de dólares.

Gullagher emitió un silbido, enjugándose el sudor de la frente.

—Por una suma así, un hombre como ese Adonis sería capaz de todo... —jadeó.

—Lo sabemos. Intentó comprar a jurados y jueces y salvar su vida. No pudo. Pero quizá cuando se crea lejos de la Tierra para

siempre, hable y revele el escondrijo real de su botín. Es lo que Duprez y la señorita

Davis tienen que conseguir, aprovechando la tensión reinante en ese falso viaje espacial…

—¿Y los otros dos criminales? ¿Qué papel represen tan en esa farsa «Killer» McAdams y Rick Dolansky?

—El de meros comparsas. Llevar solo en ese viaje a Adonis hubiera sido un fracaso. Es desconfiado y hubiera olfateado la superchería. Había que rodearlo todo de una cierta credibilidad. El supuesto sorteo entre penados y todo lo demás le ha dado el aire normal que buscábamos.

—No será demasiado cruel hacer volver luego a esos tres desgraciados a sus celdas y ejecutarlos conforme a la Ley? —señaló el hombre de la NASA.

—Nada de eso. Jugaremos limpio en esto, aunque ellos no se lo merezcan —objetó el federal—. Su pena capital ha sido conmutada previamente por el Gobierno Federal. El Presidente, de modo personal, firmó su indulto. Pasarán el resto de sus días en prisión, pero eso será todo. Algo con lo que ni siquiera podía soñar ninguno de ellos antes de esa supuesta elección para el viaje al espacio.

—Eso tranquiliza en parte mi conciencia —suspiró Gullagher—. No va a ser una experiencia agradable la de todos ellos, aunque en ningún momento se muevan del planeta Tierra, la verdad…

Hubo un breve silencio en el despacho. Sonó un teléfono de la mesa. El alto ejecutivo de la NASA tomó el auricular. En una pequeña pantalla, apareció la imagen de la telefonista.

—¿Sí? —preguntó Gullagher.

—Le hablan de la base —dijo la mujer—. Es urgente. De parte del profesor Darrow. Es muy urgente, a lo que parece.

—Bien, comuníqueme con él —pidió impaciente Gullagher.

En la pantalla apareció, tras unas breves líneas onduladas de conexión, la cara demudada de un hombre de cabello canoso, ataviado con la bata de trabajo y el emblema de la NASA en su pecho.

—Le escucho, profesor —habló Gullagher—. ¿Qué sucede ahí?

—Tenía que comunicar de inmediato con usted, señor —habló el científico de la entidad astronáutica civil norteamericana.

—¿Ocurre algo?

—Sí, señor. La nave *América l* ha partido. Se encuentra ya lejos de la tierra, fuera de su órbita...

—Perfecto —sonrió Gullagher, guiñando un ojo a su interlocutor del teléfono provisto de visor—. ¿No era eso lo que pretendíamos, profesor?

—No lo entiende usted, señor —rechazó vivamente Darrow—. Es que ha habido un *error*. Un trágico error, me temo.

Gullagher, sin saber la razón exacta, comenzó a sentirse inquieto. Apremió a su interlocutor:

—Termine de una vez, profesor. ¿A qué error se refiere?

—A que esa nave... la *América I*... ha partido de forma real de la Tierra, rumbo a los confines del Sistema Solar.

—¿Qué? —bramó Gullager, palideciendo mortalmente, con gesto de horror.

—Lo que ha oído, señor. No sabemos qué sucedió. Acaso un error en la programación, tal vez un circuito equivocado... pero la nave *despegó* hace varios minutos y está ya fuera de órbita... camino de las estrellas. Y eso, ni siquiera puede sospecharlo Paul Duprez en estos momentos...

CAPITULO III

—Perfecto. Nadie diría que esto es una farsa...

—Ten cuidado —avisó gravemente Duprez, mirando en torno—. No debemos confiarnos ni un solo instan te. Si alguno de ellos sospechara algo... esto podría convertirse en una pesadilla sangrienta, Marla.

—Lo sé —Marla Davis sonrió—. No hay cuidado. Desconecté los micrófonos con esta sala de control, Paul. Adonis duerme, y es el más desconfiado de todos. Dolansky está ocupándose de preparar la primera comida a bordo, y McAdams está absorto contemplan do por la escotilla posterior nuestro «alejamiento» de la querida Tierra.

Una vaga sonrisa irónica curvó los labios de Duprez. Accionó los mandos del panel como si realmente estuviera controlando un vuelo cósmico.

—Aun así, valdrá más reducir al máximo nuestras conversaciones reales —avisó—. No me fío de nada ni de nadie. Un leve error, no sólo daría al traste con el plan, sino que podría significar nuestra muerte. Esos tres asesinos se unirían contra nosotros como un solo hombre, si se sintieran engañados y burlados.

—Dios mío, a mí misma me resulta difícil creer que esas imágenes que estoy viendo por las escotillas, con la Tierra alejándose de nosotros, con el cielo, las estrellas, la luz solar y todo lo demás, sea simple trabajo de carpintería y escenografía, en un sótano de la base...

—También a mí —rió Duprez, arrugando el ceño en la contemplación, mediante una pantalla de TV estereoscópica, de una visión realmente perfecta del Sistema Solar ante ellos—. Si a un experto como a mí puede engañarle eso, no hay duda de que ellos nada puedan sospechar. La ficción es de una perfección increíble.

—Pero sólo Dios sabe el tiempo que nos llevará sonsacar la verdad a Rocco Adonis.

—Es cierto —admitió Duprez—. Rocco es un tipo desconfiado, huraño y nada comunicativo. El escondrijo de su enorme botín es uno de los secretos mejor guardados del mundo. Sólo a través de una situación tensa, de crisis, podemos conseguir de él la pertinente confesión.

Sorprendido, Duprez se volvió al notar el parpadeo rápido de una luz roja en los paneles. Enarcó las cejas. Luego sonrió, al leer unos datos en la pantalla del computador central.

—La imitación del viaje es tan perfecta, que incluso están fingiendo ahora que cruzamos un cinturón de meteoritos. Ve eso, Marla: los indicadores de abordo señalan que los sistemas automáticos de protección nos están haciendo rehuir el impacto de esos meteoros... Increíble. Como si fuese real en todos sus detalles...

—Cuidado —silabeó Marla en voz baja—. Alguien viene...

Duprez miró a la puerta de la cabina. Un asombrado McAdams aparecía por allí, sacudiendo la cabeza con perplejidad.

—Es fantástico —murmuró—. Lo más fantástico que vi jamás. Sólo por eso valía la pena cambiar la cámara de ejecuciones por esta

forma de viajar hacia la muerte, amigos. Es fabuloso ver al planeta Tierra tan azul, tan lejano, allá en la distancia… y contemplar ese infinito negro, salpicado de astros, de mundos, de estrellas remotas, de peñascos que flotan, de viejos restos metálicos de antiguos satélites y naves sin tripular de los inicios de la astronáutica…

Duprez y Marla se miraron un momento. Ciertamente. McAdams había sido deslumbrado; recordaron la perfecta ficción creada por la NASA en torno a la nave espacial, que no tenían que abandonar la Tierra en ningún momento.

—Me alegra que te guste esto, McAdams —murmuró Paul, fingiendo indiferencia—. Es una gran aventura viajar al espacio, ya te darás cuenta cuanto más lejos estemos del que fue nuestro mundo…

—Lo único que temo es que tanta belleza sólo forme parte de mi funeral —se quejó el albino—. Pero sea como sea, siento apetito. Y ésa es una buena señal…

—Dolansky no puede tardar. Está en la cocina, hidratando y calentando los alimentos de nuestro primer almuerzo a bordo.

—Supongo que será una comida horrible…

—No lo creas —sonrió Duprez—. Habrá crema con sabor a pescado, extractos de carne de pollo con verduras deshidratadas, y compota de fruta tropical, así como una buena copa de vino o cerveza, igualmente hidratada a bordo mediante el agua que nuestro depósito produce inagotablemente, aunque con ciertos límites de consumo obligados, obteniéndola de la humedad exterior.

—Dicho así, casi parece un buen menú —suspiró el criminal risueño.

—Lo será, no lo dudes. Y terminarás habituándote a él. Hay variedad de sabores y gustos, para hacer me nos monótona nuestra vida…

—En resumen, sería un viaje casi perfecto… si estuviera garantizado el regreso.

—Algo así. No hay nada garantizado nunca en viajes de este tipo. Pero ¿por qué no pensar en que sea posible un retorno o el encuentro de un lugar habitable?

—Sí, ¿por qué no pensarlo? —McAdams se frotó las manos, casi con placer, cuando oyó unas pisadas en el corredor—. Ahí viene Dolansky con el festín…

Ciertamente, no fue un mal almuerzo, aunque se tratase de alimentos congelados o deshidratados y extractos de sabores. En especial el vino, aunque de escasa graduación, fue del gusto de los dos forajidos.

—¿Y Adonis? ¿No va a almorzar? —se interesó Dolansky, al terminar la comida, mirando la bandeja intacta del mafioso.

—Después —dijo Paul Duprez—. Ahora duerme. Tendrá la segunda guardia, cuando yo ponga el sistema automático de vuelo. Debe estar descansado para entonces. Aunque no entienda de astronáutica, la computadora se lo dará todo hecho, pero necesita estar despabilado, por si hay imprevistos.

—Y si los hay, ¿cómo se enterará ese tipo? —desconfió McAdams.

—Como cualquiera de nosotros. Esas pantallas se iluminarán en rojo, y los controles se bloquearán, actuando automáticamente el computador para proteger la nave de todo riesgo inicial. Será el momento de intervenir yo.

—Ojalá no ocurra eso nunca —comentó preocupado Dolansky.

—Alguna vez tiene que ocurrir en un viaje tan largo, amigo mío —sentenció el canadiense apaciblemente—. Lo importante es mantener la calma y la serenidad en todo momento.

—Eso es fácil decirlo cuando se ha sido astronauta, como tú. Pero nosotros... —Dolansky meneó la cabeza, pesimista—. No sé lo que sentiré si este trasto sufre alguna avería o sé que corremos peligro... Esto no será como verse perseguido por una legión de policías. Aquello es real, ellos son gente, tipos como nosotros. Pero este vacío, esta inmensidad... me asusta, sinceramente. Me asusta mucho. En cuanto se inició el viaje, me sentí distinto. Supe que abandonaba el mundo, tal vez para siempre. Y me sentí pequeño, insignificante, débil y perdido... No sé, es algo que nunca había sentido. Algo que jamás sentí antes de ahora. Por eso tuve miedo. Por eso sigo teniéndolo...

Paul Duprez disimuló con dificultad una sonrisa indulgente. Era curioso, pensó, que aquel pobre diablo, criminal empedernido, asesino de un policía entre otras tenebrosas «hazañas», se sintiera así, cuando en realidad ni siquiera se habían movido del lugar donde inicialmente se hallaban. Se preguntó como la autosugestión podía llegar a influir tanto, incluso en una mente endurecida.

Un zumbido en los controles llamó su atención. Se incorporó, encaminándose a los sistemas de comunicación.

—Esto es una llamada de la base —informó, con vencido de que formaba parte de la farsa—. Tal vez haya problemas que deban comunicarnos.

—Me extraña tanta amabilidad por parte de esa gente —refunfuñó McAdams.

—No olvides que somos cobayas de su experimento —sonrió Duprez, sentándose ante los controles—. Les interesa seguir punto por punto, mientras les sea posible, la ruta de nuestro viaje. Y a ser posible, son los primeros interesados en que esto tenga éxito de alguna forma dure lo más posible. A fin de cuentas, vamos a ser los primeros humanos en flotar sobre Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y el mismísimo Plutón. Luego… nos esperará el vacío eterno, infinito, inmenso. Sólo Dios puede ayudarnos a partir de entonces.

E interiormente, se dijo en que en cierto modo era cruel y hasta deleznable mentir así a unos hombres, aunque fuesen proscritos de la peor condición.

Conectó los canales de comunicación con la base terrestre de la NASA, y empezó a llegar un mensaje cifrado que se reproducía en letras verdes sobre una pantalla fluorescente, para emerger luego impreso en una tarjeta plástica por la ranura del computador central ya descifrado, aunque en otra clave que mentalmente dominaba a la perfección Duprez.

Cuando la tarjeta salió, al joven canadiense la examinó, traduciéndola de inmediato. Le costó dominar su sobresalto y estupor. Pero no pudo evitar que se torna se muy pálido.

—¿Ocurre algo? —se alarmó McAdams. —Sí, eso me temo… —susurró el astronauta. Lo dijo de un modo que preocupó a Marla. Le dirigió una ojeada rápida, inquieta. Pero el rostro de Du prez, aparte su palidez momentánea, se mantenía inexpresivo.

—¿Qué es ello, Paul? —indagó ella.

—Un fallo en nuestra maniobra de salida —informó Duprez, usando con cuidado los términos en clave que previamente habían convenido entre ellos para comunicarse en caso de emergencia sin que los demás lo comprendieran—. Al parecer, la Fase A del sistema tuvo un error de ajuste, y pasó a la fase D.

—¿Fase D? —a Marla, esta vez, le resultó muy difícil controlar sus emociones. Estuvo a punto de levantarse de un salto, pero se dominó a tiempo y, fingiendo total serenidad, manifestó con lentitud —: ¿Seguro que estamos en la fase D?

—Seguro —afirmó gravemente Paul, sin añadir más—. Los datos computados coinciden con el in forme.

—Y todo eso, en cristiano, ¿qué diablos significa0 —se irritó McAdams, alterado.

Duprez trató de definir las cosas de un modo poco explícito.

—Es una variante técnica poco favorable para nosotros —refirió —. Pone las cosas bastante mal, la verdad. Es como viajar con un error grave en la trayectoria… y sin muchas esperanzas de salir con bien de esto. La mente daros tan malas noticias, amigos…

Pero sus ojos, muy en especial, se fijaron al decir esto en Marla Davis, que sabía lo que significaba «la fase D».

Ni más ni menos, algo había fallado clamorosamente en el plan tan bien meditado. Y ahora, contra su voluntad, estaban viajando por el espacio real, rumbo a ninguna parte, a bordo de una nave cuya misión real era viajar fuera del Sistema Solar, pero sólo tripulada por un par de robots que trasmitían la información a la Tierra.

El trágico error cometido en la base, les había proyectado a ellos en lugar de esos robots, rumbo al espacio exterior sin posible retorno.

La farsa ideada para engañar a un puñado de criminales se había hecho realidad, amarga y triste realidad.

* * *

Sombrío, demudado, Paul Duprez hizo las últimas comprobaciones en el computador central. Los datos recogidos no eran para sentirse demasiado optimistas.

Traducido el código en que recibía esa información, los datos demoledores: «Un fallo decisivo en los sistemas de computadoras y programadores de salidas de naves ha lanzado al espacio la nave *América I* sin remedio. Lo lamentamos. No podemos hacer nada por intentar que regrese. Ahora tienen que cumplir un programa sin

retorno previsto. Dios les dé suerte. Hay un fallo en las líneas de comunicación que tal vez nos obliguen a mantener en silencio las conexiones durante un tiempo. Ahora todo depende de usted y del azar. Intentaremos hacer algo, pero no confíen en ello, sinceramente.»

Era poco alentador el mensaje. Estaban sometidos a merced de un azar harto adverso. Y ese azar era, ni más ni menos, que contaban con una posibilidad entre diez millones de volver algún día con vida a la Tierra. Lo que en principio fuera un plan para obtener información de un criminal, se había convertido, realmente, en un auténtico viaje sin retorno, más allá del Sistema Solar.

Ahora sí era cierto: los tres penados habían canjeado un modo de morir por otro. Para ellos dos, Marla Davis y Paul Duprez, habían cambiado sin saberlo sus propias vidas jóvenes, por una inexorable sentencia atroz, perdidos en las estrellas.

El destino fijado para la nave *América I,* según la programación real a bordo, era Plutón, en los confines del Sistema. El misterioso cuerpo oscuro de aparente composición metálica, sumamente pesada, podía ser un objetivo final. O sólo una etapa más, en el viaje sin posible regreso, hacia otras zonas de la Galaxia.

—No sé... —jadeó—. No sé qué hacer... Esto es enloquecedor. Dios mío. Lo altera todo. Absolutamente *todo.* ¿Qué me importa a mí ahora conocer el paradero del botín de Rocco Adonis, si no podré informar siquiera de ello, mientras están desconectados los canales de comunicación con la tierra?

Probó, de todos modos, a establecer contacto con la base. Una serie de zumbidos e interferencias llegaron por los auriculares. La pantalla de visión permaneció salpicada por millares de puntitos electrónicos bailoteantes. No había línea abierta de contacto. El auténtico, total aislamiento, había comenzado.

Duprez había sido astronauta, antes de dedicarse a la investigación policial para el Gobierno. No temía al vacío. Pero esto no era como viajar en un satélite o en un cohete que diese vueltas a la Tierra y regresara a fecha fija.

Era salir disparado hacia la Nada, hacia el infinito. Un viaje de ida sin vuelta, planeado para dos robots. Ahora, eran cinco los seres humanos los que ocupaban esos puestos.

—Dolansky tenía razón... —se dijo a sí mismo—. El intuyó que el

viaje era real. Lo sintió en los más hondo de su ser. Y yo me reía de sus temores... Tal vez ahora debería revelarles la verdad... Decirles cuál era el juego proyectado... y cuál la realidad actual. Pero puede ser peligroso. No lo entenderían. Desearían vengarse, tal vez. No sé, no sé...

—¿Preocupado, Paul?

Se volvió al oír la voz suave, casi apacible. Le causó cierto alivio ver la belleza sugestiva de Marla, su agresivo físico, mezcla de vigor y de feminidad casi salvaje. Sus poderosos pechos palpitaban bajo su indumentaria de suave tejido plastificado. La malla se adhería a sus largos muslos dándoles el realce adecuado.

—Bastante —confesó Duprez amargamente—. Estoy indeciso, asustado...

—¿Por ti mismo? —sonrió ella.

—No, sabes que no. Yo tengo experiencia en estas cosas, aunque ahora maldita si servirá de algo. Pero tú, esos tres hombres, por poco dignos de respeto que sean...

—Olvídate de mí. Intervine en esto a sabiendas de que podía peligrar mi vida. Tanto da morir a manos de un asesino que perdida en el vacío estelar de por vida...

—No digas eso. Tenemos que intentar volver. O hallar un lugar donde sobrevivir.

—Eso es una tontería y lo sabes. Formaba parte de una ficción, de un engaño divertido, pero nada más. En la realidad, este viaje no tiene la menor posibilidad de retorno y lo sabes.

—Queda la posibilidad de un aterrizaje en alguna parte.

—¿Dónde? ¿En las arenas y piedras de Marte, en las brumas y ciénagas de Venus, en las capas venenosas de Júpiter, en el mundo yerto de Saturno...? ¿O en el enigma de Urano, Neptuno o el ignoto Plutón?

—No sé. Tal vez más allá...

—Más allá, no hay nada. No en muchos cientos de años luz, Paul. Y aunque salváramos esa distancia, ¿de qué serviría? Luego habría que encontrar un mundo habitable, y eso...

—No lo estás poniendo muy fácil, ¿eh?

—Es fácil?

—No, claro que no. No me hagas caso. Sólo trato de ser realista, pero con un cierto optimismo. Ahora importa ya poco saber dónde

ocultó Rocco las piedras preciosas y el dinero en efectivo, por valor de cientos de millones de dólares. ¿A quién puede importarle eso aquí, si no vamos a volver ya a la Tierra para informar al Gobierno federal?

—A nadie, ciertamente —dijo la helada voz de Rocco Adonis a sus espaldas. Sólo a mí, sucio traidor Pero voy a mataros ahora mismo a los dos...

Con un grito de sobresalto por parte de Marla, 3 una imprecación de ira que se le escapó a Duprez, ambos jóvenes volvieron la cabeza hacia la puerta de acceso a la cabina de controles de la *América I.*

Rocco Adonis, el mafioso, estaba allí, mirándoles con frialdad y dureza, con expresión maligna de ira. En su mano empuñaba un arma que Paul ignoraba cómo pudo arrebatar del almacén de a bordo, herméticamente cerrado hasta que una emergencia hiciera preciso recurrir a las armas especiales allí conservadas.

—Cuidado, Adonis —avisó Duprez—. Ese arma... es un generador de energía. Puede desintegrar a cualquier cosa o persona contra quien lo dispare.

—Lo sé, he leído las instrucciones, maldito cerdo —silabeó Rocco, con una risita perversa—. Y eso es, justamente, lo que voy a hacer. Vaciar el arma en vosotros dos, pareja de sucios polizontes...

Su dedo se movió sobre el resorte del arma, dispuesto a cumplir de inmediato su amenaza y convertir a los dos jóvenes policías en dos manojos de átomos desintegrados en la nada...

CAPITULO IV

La muerte hubiera sido inevitable para ambos jóvenes, de no ocurrir en ese momento algo providencial.

Un áspero, rudo manotazo, arrancó de las manos de Adonis el arma letal, lanzándola lejos. Rebotó en el pavimento de la cabina, y se disparó. Un chorro sibilante de luz anaranjada brotó de su corto cañón. Alcanzó a un asiento de la cabina. En el acto, el mueble se iluminó, con una súbita fosforescencia roja, para luego fundirse en leve polvillo grisáceo, que terminó por evaporarse en el aire. Donde antes estaba el asiento, no quedó nada, sólo un hueco vacío.

—Dios, menos mal que lo evité —jadeó Dolansky, con un hondo suspiro de alivio—. ¿Qué locura era esa que ibas a cometer, Rocco? Un doble asesinato a bordo...

—¿Y qué? —bramó el *gánster* siciliano—. ¡Déjame que acabe con esos perros! ¡Son dos traidores asquerosos, dos policías! ¡Y todo esto no era sino una sucia emboscada para obtener mi secreto! ¡Deja que termine con esto de una vez por todas!

—Quieto, estúpido —le replicó Dolansky, aferrándole para evitar que se lanzara de nuevo a por el arma—. No habrá violencias aquí. Recuerda: debe haber disciplina a bordo.

—¡Disciplina! —repitió con sarcasmo Adonis—. ¿Obedecer a un traidor, a un policía? ¡Eso no lo haré yo! ¡Nos han engañado desde un principio!

—¿Eso es cierto, Duprez? —se interesó Dolansky, volviéndose hacia Paul con gesto grave.

Paul inclinó la cabeza. Asintió despacio.

—Sí —admitió—. Es cierto. Soy agente del Gobierno norteamericano. Y Marla es del Cuerpo Femenino Especial de la Policía. Teníamos una misión que cumplir.

—¿Cuál? ¿Engañar a Adonis y sacarle el escondrijo de su botín?

—Eso es. Todo estaba cuidadosamente planeado. Pero algo falló. Este viaje iba a ser fingido. Un falso vuelo, y nada más. Nunca nos moveríamos de la Tierra.

—Y hubo un error.

—Siempre hay un error. Estamos viajando realmente. Estamos lejos de la Tierra, hacia ninguna parte. O hacia la muerte. Ya nada tiene objeto. Ni el botín de Rocco, ni vuestras sentencias, ni nuestra misión. Nada. Sólo debemos intentar sobrevivir.

—Exacto. Y tú eres el único que puede intentarlo, ¿no?

—Es lo que pienso.

—Y este idiota de Adonis iba a matar al único astronauta que

hay a bordo.

—¿Qué importa ya eso? ¿Es que no te das cuenta? No hay remedio —refunfuñó Rocco, furioso—. ¡Nos lleva a morir! ¡Al menos, que él nos preceda antes!

—Eso es una estupidez. No ganamos nada con ver muerto a Duprez y a la chica. Sin embargo, si vive él, existe una vaga esperanza. Si él no nos salva, nadie lo hará, eso es evidente.

—Estaba hablando con ella cuando les sorprendí. Admitía que no hay esperanzas apenas.

—Esperanzas, siempre hay —gruñó Dolansky—. Lo que hace falta es que se cumplan. Tú, Duprez, ¿qué es lo que puedes decir al respecto?

—No puedo engañaros otra vez. Las posibilidades son mínimas. Si es que hay alguna.

—¿No puedes volver este trasto a la Tierra?

—No, imposible. Tiene programada su ruta. No se puede controlar desde la Tierra tampoco. Además, la avería de los canales de comunicación lo empeora todo. Estamos aislados, sin poder informar ni ser informados.

—De modo que viajamos hacia las estrellas, como se nos ha dicho.

—Eso es. La mentira se volvió realidad, a la vez fue un castigo. Era un plan malvado, cruel, poco humano. Y no resultó. No podía resultar.

—En el fondo, no hemos perdido nada —sonrió con agrio humorismo Dolansky—. Pensábamos estar haciendo de verdad este viaje. Y lo estamos haciendo. Cambiamos nuestra ejecución en la cámara de la muerte por esta prueba. No hay objeciones, Duprez. Además, no hay más remedio que seguir como hasta ahora. Aunque seas un policía y un traidor, has de seguir siendo nuestro comandante, nos guste o no. Porque eres el único que sabe manejar este chisme.

—McAdams no pensará como tú —gruñó Adonis, airado—. Cuando le despertemos, dirá que...

—McAdams no dirá nada. Si está de acuerdo contigo, será el fin para todos, por anticipado —cortó Dolansky, furioso—. Escucha, Rocco. Si mantenemos la calma, tal vez podamos aún intentar algo. Matar a Duprez es renunciar a todo de antemano. Eso está bien claro

para mí, y debería estarlo para todos.

—Vete al infierno. Yo no confío para nada en ese cerdo.

—Pues yo sí. No tengo otro remedio, amigo —Dolansky miró a Paul con frialdad—. Personalmente, te detesto, quede eso bien claro. Maté a un policía una vez, y no me disgustaría matara ahora a otros dos. Pero tengo sentido práctico. Dime lo que podemos hacer a partir de ahora.

—Poca cosa. Controlar el vuelo lo mejor posible, intentar evitar problemas con los asteroides, no chocar con ningún planeta… y buscar un sitio donde posarnos. No hay otro remedio.

—¿Eso es posible?

—Es factible, cuando menos. Lo problemático es hallar un mundo habitable, con aire respirable, agua, vegetación…

—¿Y ningún planeta de nuestro Sistema responde a esas necesidades?

—Habremos perdido posiblemente toda esperanza. Hallar algo así fuera del Sistema Solar, antes de los diez años que duren las reservas de alimentos, es imaginar algo demasiado bonito para ser cierto. A partir de lo que conocemos, las distancias se miden por años-luz.

—No lo pintas demasiado bien, Duprez.

—Ya te dije que no tiene sentido seguir engañando a nadie. Estamos embarcados todos en la misma locura, a fin de cuentas.

—Te vamos a conceder un plazo, Duprez.

—¿Un plazo?

—Sí. Estoy de acuerdo con Rocco en algo: un tipo como tú merece morir aplastado como una rata. Permitiré a Rocco que lo haga, pero sólo cuando Plutón haya quedado atrás y nos hundamos en el espacio infinito. Hasta entonces, siempre existirá una posibilidad, una vaga esperanza. De ti depende que se haga realidad de algún modo… o ya poco importará viajar con o sin comandante de vuelo a bordo. A partir de ahora serás nuestro prisionero, aunque comandes la nave. Tu amiguita Marla será encerrada en cautividad para evitar problemas. Y McAdams, Rocco y yo controlaremos tus actividades y movimientos de muy cerca. Elige entre eso… o que devuelva el arma a Rocco Adonis.

Paul Duprez meditó, con el ceño fruncido. Terminó por asentir lentamente, con la cabeza, tras una mirada de exasperación a Marla

Davis.

—De acuerdo —aceptó—. Lo intentaré todo. Pero no garantizo nada.

—Eso es cosa tuya. Si fracasas peor para ti. Nos precederás en el viaje de la eternidad, puedes estar seguro. ¿Eso te satisface, Rocco?

—No del todo. Pero me basta de momento —gruñó el mafioso, mirando aviesamente a Duprez—. Yo me ocuparé ahora de la chica. Pero con sumo cuidado. Recordad lo que hizo con el acero. No será la «Trituradora» de Chicago, pero tiene una fuerza física poco común.

Tomó el arma, obligando a Marla a caminar con docilidad ante él, camino de una cabina donde internarla como prisionera. Duprez, desolado, volvió ante el tablero de mandos.

—Plutón... —murmuró, buscando en la pantalla vi-sora el emplazamiento del lejano y misterioso planeta, en los límites del Sistema Solar—. Allí terminará el plazo. Pero creo que será inútil intentar nada. No puede haber posibilidad. Ninguna posibilidad, estoy seguro...

* * *

Plutón.

Estaba llegando a él. La imagen oscura, acerada casi, de aquella esfera sombría, color metálico, flotaba en las pantallas y escotillas de la nave, ante la mirada tensa de todos los viajeros de la nave *América I.*

Una etapa larga de su viaje tocaba a su fin. Con ella, la vida misma de Paul Duprez y su compañera Marla, tocaba a su fin. Iban a ser ejecutados por los asesinos, puesto que había sido imposible buscar un lugar para sobrevivir, dentro del Sistema Solar.

Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, habían quedado ya atrás. Muy atrás. El sol era un astro apagado, distante y frío, perdido en la negrura cósmica.

Plutón era la última esperanza. Pero la computadora, en sus datos que iban apareciendo ahora sobre la pantalla, era tan escueta como descarnadamente sincera para toda posible ilusión del joven canadiense: «Plutón.

Ultimo Planeta del Sistema Solar, descubierto en 1930.
Distancia del Sol, tres mil seiscientos setenta millones de millas.
Diámetro ecuatorial: tres mil seiscientas millas.
Masa de peso, comparado con la Tierra: 0,8
Volumen, comparado con la Tierra: 0,7
Número de lunas: una.
Duración del día, en horas: desconocida.
Peso de un cuerpo que pese en la Tierra 100 libras : 0,8
Vida vegetal: desconocida.
Vida animal: desconocida.
Vida inteligente: desconocida.
Posibilidades de supervivencia humana: desconocidas.»

No era demasiado averiguar sobre el oscuro y misterioso Plutón. Su escasa masa pesada, su volumen mínimo y el peso mínimo de un cuerpo sobre su superficie iban a hacer difícil a cualquier ser humano sobrevivir allí. Las demás necesidades biológicas precisas para sobrevivir no parecían demasiado claras tampoco. El enigma de la existencia de lunas en torno al planeta había quedado sorprendentemente despejado de repente: existía una luna, un satélite natural de Plutón. Al menos, eso informaba la computadora.

Duprez miró de reojo a McAdams, en cuyas manos aparecía un arma, enfilada hacia él sin vacilaciones. Los tres penados se repartían durante todo el tiempo la vigilancia de su cautivo por turnos. Marla Davis seguía prisionera en su cabina.

—Bueno, se agotan las posibilidades, amigo —señaló el albino—. Este es el fin del Sistema Solar, ¿no?

—Aún no hemos llegado a Plutón —observó secamente Paul, contemplado la oscura superficie del planeta último del Sistema—. Cuando lo dejemos atrás... habrá terminado el plazo, lo admito. Aún tenemos que ver la luna.

—¿Luna? ¿Qué luna?

—La de Plutón. Existe una, aunque hasta ahora los astrónomos no descubrieron huellas de satélite natural alguno. Tal vez en la cara oculta del planeta. Eso está por ver aún.

—Pero una vez vista la luna, Duprez, avisaré a Adonis. No puedo hacer otra cosa. Es lo que acordamos los tres en principio.

Está bien. No te pido clemencia alguna, McAdams.

—Ni la mereces tampoco. Mira que meternos en esta maldita

aventura sólo para conseguir el botín de Rocco Adonis… Ibais a burlaros de nosotros de un modo sangriento, cruel.

—Pero ibais a ganar vuestro derecho a vivir. Se habían conmutado todas los penas desde el inicio del plan.

—Eso ya importa poco —rió el albino con sarcasmo—. ¿De qué nos servirá ella a estas alturas, Duprez?

—De nada —suspiró el astronauta—. Admito mis culpas en esta situación, amigo. Pero cuando esto se empezó, nadie podía pensar que un mecanismo iba a dispararse de improviso, lanzándonos al espacio, en vez de fingir un vuelo cósmico imaginario.

—Pero sucedió. Y ahora, todos pagamos las consecuencias de ese error.

—¿Qué pensáis hacer cuando yo sea ejecutado?

—No lo sé. Supongo que hay pocas cosas que hacer ya, ¿no es cierto?

—Siempre se puede intentar algo. Podríamos dirigirnos a Plutón, pero los datos obtenidos no son demasiado esperanzadores.

—¿Y después, qué hay?

—Poca cosa: vacío durante años enteros. Sólo el espacio inmenso, salpicado acaso por zonas de asteroides y nada más. Dentro de mucho, muchísimo tiempo, tal vez algún cuerpo celeste, un pequeño sistema solar en torno a una estrella…

—Y dentro de diez años… el final. —Si nos matáis a los dos, tal vez se prolongue más, otros cinco a seis años. Pero tanto da. Encontraréis pocos lugares habitables seguros, de eso estoy cierto.

—No viviremos tanto —suspiró McAdams—. Hemos decidido, en asamblea, no ejecutar a la chica. Sólo a ti, Duprez. Ella… será la que endulce el reposo del guerrero en todo este periodo de vida que nos queda por delante.

—Entiendo. ¿Ella está de acuerdo?

—No ha sido informada aún. Es sólo nuestra decisión.

—Es una actitud miserable, McAdams. Tres hombres, abusando de una sola mujer, virtualmente por la fuerza…

—Ella se lo buscó al meterse en esto fingiendo ser quien no era. Quizás termine estando de acuerdo en sobrevivir en esas circunstancias, después de todo.

—¿Y si no lo está?

—Será igual —se encogió de hombros el criminal—. No tiene

otra alternativa. Uno no puede bajarse en marcha de este chisme, ¿no es bien cierto, Duprez?

Y soltó una agria carcajada riendo de su propio chiste. Paul inclinó la cabeza, frunciendo el ceño con disgusto e irritación llena de impotencia.

—Muy bien dicho, amigo McAdams —señaló la voz fría de Rocco Adonis, desde la puerta de la cabina—. Nadie va a bajarse de esta nave, salvo el cadáver de nuestro amigo Paul Duprez, cuando le arrojemos al espacio como un lastre inútil, dentro de muy poco. Veo que estamos ya ante Plutón, y todo sigue igual...

—Eso le he dicho —asintió McAdams, volviéndose al mafioso, que se acercó a Paul empuñando otra arma similar a la de su compañero albino—. El dice que queda aún la última posibilidad... -¿Cuál?

—La luna de Plutón.

—Plutón nunca tuvo lunas —rechazó ásperamente Adonis—. Si de algo he leído cosas en mi juventud es sobre astronomía, maldita sea.

—La astronomía que estudiábamos nosotros estaba equivocada —replicó con frialdad Duprez—. Mire eso, Adonis: Plutón sí tiene un satélite natural...

Estaban rodeando en esos momentos, en medio de la vasta negrura vacía del cosmos, la forma esférica y oscura de Plutón, envuelta de espesas nubes grisáceas. Ante ellos, algo más allá, asomó una nueva forma esférica, pedregosa, flotando como una enorme piedra redonda en la noche eterna de Plutón, apenas alumbrada por una remota y difusa luz solar.

—Infiernos, es verdad —rezongó Rocco con gesto perplejo—. Una luna...

—De todos modos, no parece el sitio ideal para posarse —rechazó McAdams, contrariado—. Tiene tanta vida orgánica como nuestra propia luna.

—Esperen —silabeó con brusquedad Duprez, poniéndose rígido —. ¿Qué es eso?

Señalaba las pantallas de la computadora central. Ellos miraron.

Todas, absolutamente todas, se habían encendido de súbito con luz roja.

Era alerta general.

—¿Qué es lo que ocurre ahora? —jadeó Adonis, receloso.

—No lo sé. Veamos la pantalla central... —Paul accionó los mandos, y la pantalla panorámica de televisión se iluminó. De inmediato retrocedieron los tres, deslumbrados.

Un resplandor violento, de vivísimo color azul en sus bandas extremas y rojo brillante en su centro, penetró por la pantalla, invadiendo la cabina toda y proyectando las sombras de sus ocupantes contra un muro repentinamente encendido en luz carmesí. Un zumbido penetró por los sistemas auditivos de a bordo, y una rara vibración sacudió la nave.

—Una radiación... —jadeó Duprez, excitado, manipulando con frenética rapidez las mandos de control—. Una misteriosa y potentísima radiación... estamos envueltos por ella...

Varios paneles de la nave estallaron en repentinos chisporroteos. Una serie de pequeñas pantallas se apagaron. Cesó de funcionar una zona del cerebro electrónico.

—Por todos los diablos, ¿qué ocurre con todo eso? —se alarmó McAdams.

—Estamos dentro de un campo de energía muy potente —explicó Duprez, haciendo funcionar teclas con frenesí—. Me temo que afecte a los controles y a los mecanismos de funcionamiento y ruta de la nave...

—¿Y qué puede suceder si no salimos a tiempo de esto?

—No lo sé. Puede que nos quedemos flotando sin rumbo... o que estallemos en pedazos. Ignoro la naturaleza de esta radiación. Pero su punto de origen no puede estar lejos, dada su intensidad.

—Por todos los diablos, ¿qué es lo que está sucediendo? —aulló Dolanski, entrando en la cabina a trompicones, con gesto alarmado —. ¡Todo se tambalea como si está condenada nave se hubiera vuelto borracha!

—Es algo peor que una borrachera, Rick —gruñó McAdams —. Duprez dice que estamos metidos en una especia de radiación de energía que nos afecta a los sistemas de funcionamiento de la nave.

Confirmando esas palabras, estalló una pantalla de televisión, y una oleada de chispas hizo retroceder, aterrados, a los tres hombres. Solamente Duprez permaneció sereno, inclinado sobre los mandos, entre unas nubes de humo procedentes de los circuitos quemados.

La nave se bamboleó ominosamente, lanzando contra las paredes

a los penados, y Paul tuvo que aferrarse a los tableros para no caer. Oprimió varias teclas, y la nave recuperó poco a poco su estabilidad.

—Menos mal… —jadeó McAdams—. ¿Crees que puedes combatir esa energía, Duprez?

—No, no puedo —rechazó con crudeza Paul—. Sólo he hecho funcionar los estabilizadores de emergencia. Pero estamos viajando con varios reactores fotónicos reducidos virtualmente al nivel cero de actividad, y hemos perdido en su totalidad la línea de ruta.

—¿Eso quiere decir que estamos perdidos, que flotamos como náufragos? —se inquietó Dolansky.

—No, no es eso tampoco. En realidad, navegamos con un rumbo muy concreto, pero que no es el que llevábamos en un inicio, ni mucho menos. No vamos a dejar atrás Plutón ni su luna, si es eso lo que preguntáis.

—¿Entonces…?

—Me temo que esa luna nos atrae con una fuerza rara, que dista mucho de ser la puramente gravitatoria.

—¿Qué quieres decir? —gruñó Adonis.

—Esa radiación… —Paul señaló la invariable luz cegadora de la pantalla panorámica— lo invade todo. Estamos inmersos en ella. Es como un vorágine de luz que nos envuelve y atrae hacia el fondo de un torbellino. Un fondo que, o mucho me equivoco, o es el del propio satélite de Plutón.

—Entonces… ¡entonces podemos estrellarnos contra su superficie!

—Podemos, es cierto. Pero no lo creo. Los sistemas antigravedad de la nave han quedado neutralizados. Según eso, deberíamos caer con violencia contra la luna de Plutón, y no es así. Nuestra velocidad de marcha es intensa pero sin riesgo de impacto brutal. Repito: esa radiación, esa energía, sea lo que sea, nos absorbe, sin remedio alguno. Creo que vamos a esa luna, atraídos por algo… Algo contra lo que no podemos luchar.

Hubo un silencio profundo dentro de la nave espacial. Los tres criminales se miraron entre sí, desorientados, perplejos.

—Por todos los diablos, estamos metidos en otro buen lío, a lo que veo —juzgó Adonis, furioso.

—Algo así. ¿Qué decides, Rocco? ¿Vas a eliminarme ya?

—Vete al infierno. Has tenido mucha suerte esta vez. Ese

fenómeno ha ocurrido justo a tiempo para salvarte la vida. Al menos, por el momento, claro. Te necesitamos para que nos saques de ésta. Y si no lo consigues, me parece que ya no valdrá la pena liquidarte. Moriremos todos a la vez, ¿cierto?

—Y bien cierto —asintió con gravedad Duprez, contemplando con mirada fija el resplandor que irradiaba violentamente por la pantalla gigante. Este se hizo ahora parpadeante, emitiendo destellos más intensos, alternados con leves descensos de luz. Pero su calor seguía siendo vivo y cegador, tiñendo toda la cabina de luz carmesí y fulgores azules.

—Me pregunto... me pregunto, qué clase de energía es la que nos atrae, la que nos envuelve sin remedio... y qué puede producirla... —murmuró entre dientes Paul Duprez, desorientado y perplejo—. Nunca vi nada conocido en mis experiencias astronáuticas...

Examinó los cuadros de ruta y velocidad, que aún funcionaban, pese a los paneles averiados anteriormente. Comprobó que la ruta seguía siendo forzada por aquel campo energético de naturaleza desconocida, y que se sostenía regular la velocidad, sin alteraciones violentas o amenazadoras. Por tanto, se mantenía el mismo ritmo de antes la marcha obligada hacia un punto que, según sus cartas espaciales, no era otro que el del propio satélite natural de Plutón.

—Si seguimos a esta velocidad, el impacto con la superficie puede producirse dentro de unos minutos —avisó Paul—. No más de diez... Sería mejor que sacaran de su encierro a Marla. Todos debemos estar sujetos a nuestros asientos con las bandas de seguridad cuando se produzca el aterrizaje. Voy a activar en todo lo posible los reactores de freno, para reducir el impacto, pero aun así puede resultar demasiado violento para nuestra seguridad...

—Ve a traerla —ordenó Adonis a Dolansky—. De prisa. Si hemos de salvarnos de este trance, que seamos todos a la vez. Luego ajustaremos cuentas con estos traidores miserables. Y si hemos de morir... al infierno con todos.

CAPITULO V

Estaban todos en sus asientos. Bandas de metal se cerraban en torno a sus cuerpos en tensión, acomodados lo mejor posible, en posición de impacto.

La luz de la radiación en la cabina era casi insostenible. Gafas oscuras se ajustaban a sus rostros, para proteger los ojos de aquel resplandor hiriente. Vibraba la nave, sometida a una fuerte presión exterior. El campo de energía que succionaba la *América I* mantenía su misma intensidad anterior, constante e invariable. Las cifras, que volaban literalmente sobre una pantalla indicadora, iban señalando de modo inexorable la aproximación de la nave a la superficie lunar, la distancia en millas que mediaba aún entre la proa del vehículo espacial y el pedregoso suelo del desértico satélite.

Cinco pares de ojos, a través de los oscuros cristales protectores, se clavaban en esas cifras, expectantes e inquietos. La velocidad de aproximación era notable. Cuando esas cifras se hicieran mínimas, el impacto sería ya inminente, con todas sus consecuencias...

Transcurrieron unos minutos, no muchos. Las cifras se hicieron escasas, desfilando veloces hacia el punto cero. Avisó Duprez, con voz grave:

—Atentos. Estamos a punto...

Todos, instintivamente, cerraron los ojos. Los trajes presurizados y las escafandras, así como las gafas anti-resplandor, formaban su equipo protector para el gran momento temido. Y ese momento llegó.

El indicador luminoso marcó con sus dígitos el instante culminante: mil, quinientos, cuatrocientos, trescientos, doscientos, cien, cincuenta, diez, cinco... ¡CERO!

* * *

Y no hubo impacto.

Sin explicación posible, nada sucedió, pese a que el indicador rebasó en sentido negativo el punto cero, manteniéndose inmóvil en esa cifra.

La nave no chocó contra nada sólido. Por el contrario, sintieron que seguían deslizándose por una zona ignorada, mientras en la pantalla panorámica se extinguía aquella luz cegadora, siendo sustituida por las más absolutas y profundas tinieblas.

—Y ahora, ¿qué diablos sucede? —jadeó la voz de Adonis, a través de los auriculares de la escafandra espacial de los demás—. Deberíamos habernos estrellado... y estar muertos.

—Pues no lo estamos —respondió calmoso Duprez—. No entiendo lo que ocurre. No hemos impacta do. Y seguimos viajando... Pero ¿por dónde y *hacia dónde?*

No obtuvo respuesta de nadie. Ni la esperaba. Tampoco él tenía ninguna razonable a mano. No entendía nada de nada, sencillamente. Cambió una mirada de perplejidad con Marla, que parecía tan desorientada como él, aunque esperanzada al haber salvado de forma imprevisible una situación de máximo riesgo.

La sensación de marcha a cierta velocidad duró durante algún tiempo, no mucho. Luego, paulatinamente, comenzó a decrecer. Paul Duprez notó el frenado lento del vehículo espacial.

Y, por fin, se detuvieron.

Habían llegado al término de su viaje. En la pantalla indicadora, apareció una palabra expresiva: FRENADOS.

Los reactores estaban desconectados. Se habían posado con suavidad en alguna parte. Dónde pudiera ser, era algo que estaba lejos de su comprensión actual.

Un profundo silencio reinó dentro de la cabina. Lentamente, Duprez se despojó de sus bandas protectoras de seguridad. También lo hizo Adonis, rápido, tomando su arma y encañonando al joven canadiense sin contemplaciones.

—Cuidado, amigo —silabeó, amenazador—. Intenta algo y te mato.

-Sólo intento levantarme y saber qué ha ocurrido -sonrió glacialmente Paul—. No sería prudente disparar a lo loco, Adonis. Puede que ahora os sea más necesario que nunca.

— Lo dudo. Estamos en alguna parte, en lugar firme. Es posible que ya sobre un astronauta entre nosotros.

—Eso es lo que tú crees. Tal vez sea preferible conocer antes el exterior, ¿no te parece?

Dubitativo. Rocco miró hacia las escotillas cerradas. Al iniciarse

el descenso hacia el lugar donde ahora se hallaban, los sistemas automáticos de a bordo habían procedido al cierre de toda abertura susceptible de sufrir daños de consecuencias imprevisibles. Eso les hacía ignorar lo que había fuera de la nave en estos momentos. El otro sistema, la pantalla panorámica de visión exterior, aparecía surcada por líneas onduladas de interferencias magnéticas muy fuertes. No habían imágenes. Por los auriculares de la nave tampoco penetraba ruido alguno. Cosa que no resultaba extraña, habida cuenta que la visión del satélite natural de Plutón, des de el espacio, no había sido demasiado esperanzadora. Aquel mundo era sólo un enorme peñasco flotando en el vacío, en torno al misterioso y último planeta del Sistema Solar. Sólo eso.

—Creo que lo mejor sería asomar o ver qué clase de lugar nos rodea —apuntó McAdams, pensativo.

—¿No sería mejor verlo desde dentro, sin arriesgarse? —apuntó Dolansky, prudente.

—Dudo que ello sea posible —rechazó Duprez, tras probar unos botones del panel, sin que Rocco dejara de encañonarle—. Los mandos de las escotillas están obstruidos. No se pueden abrir los cierres de seguridad. La única forma de saber lo que hay fuera, al no funcionar las pantallas de visión externa, es asomarse, a todo riesgo. A fin de cuentas, llevamos trajes espaciales presurizados y acondicionados para las peores condiciones de vida. Por cierto tiempo servirán para protegernos de todo riesgo previsible.

—¿Y lo imprevisible? —apuntó Rocco, receloso.

—De eso, Adonis, nadie puede escapar nunca —suspiró Paul, encogiéndose de hombros con indiferencia.

Los tres forajidos se miraron entre sí, indecisos. Al final, el mafioso meneó la cabeza afirmativamente.

—Está bien —admitió—. Vamos allá. Tú delante. Duprez. Que la chica vaya contigo. Y no intentéis ninguna tontería o empiezo a apretar el resorte de disparo, ¿está eso bien claro?

—No digas estupideces, Rocco —gruñó Paul—.

¿Qué podemos intentar, en un mundo que ni siquiera conocemos?

Tomó de la mano a Marla, que sonrió con gravedad, siguiéndole dócil. Tanto Rocco como los demás, se mantenían a prudencial distancia de ella, pese a ir armados, por si la hermosa joven decidía

perder desesperadamente en práctica a sus portentosas facultades de luchadora.

Echaron a andar hacia la puerta de salida de la cámara. Paul y ella, abriendo la marcha. Los tres asesinos detrás, cada uno con un arma. Dolansky pereda ser el menos entusiasta en aquello de mantener bajo amenaza al astronauta y su compañera. Pero no por ellos bajaba su arma, enfilada hacia la joven pareja.

Cruzaron el corredor hasta la puerta del compartimento estanco de salida al exterior, herméticamente ajustada y con doble cierre de seguridad accionable sólo mediante un sistema electrónico aplicado a los trajes espaciales de los viajeros del *América I.*

Paul conectó los códigos de su microcomputadora y luego accionó la orden de apertura. Automáticamente, unos indicadores señalaron algo en un juego de esferas controladas sobre la puerta de salida. Paul Duprez consultó esos datos y lanzó una imprecación de asombro legítimo.

—¡Cielos, no! —murmuró—. Eso no puede ser...

—¿Qué mil diablos sucede ahora? —demandó Adonis, alarmado — ¿Nuevos problemas?

—Todo lo contrario —negó Paul—. Pero no tiene sentido...

—¿Qué es lo que no tiene sentido? —se interesó McAdams. también receloso.

—¿Es que no leen los datos de esas esferas indicadoras? —se *irritó* Marla, volviéndose hacia ellos con gesto de *reproche*—. Vean *lo que señalan: temperatura* exterior, veinte grados. Aire, respirable. Clima, ideal de humedad. Cielo despejado, gran riqueza de oxigeno en la atmósfera. Agua potable próxima. Vida vegetal y animal normales, a nivel terrestre.

—Dios, no puede ser... —protestó Dolansky—. Todos vimos ese satélite. Era un simple trozo de piedra en el vacío...

—Tal vez su cara oculta sea otra cosa —apuntó Rocco, ceñudo, releyendo esos datos en los indicadores—. Vamos a comprobarlo de inmediato. Abre la puerta. Duprez.

Paul asintió. Presionó el resorte que accionaba las cerraduras electrónicas de la puerta. Y ésta se abrió lentamente.

Una exclamación de asombro infinito escapó de los labios de todos los ocupantes de la nave, cuando se enfrentaron a la increíble realidad exterior, desde el umbral de la salida.

* * *

Porque era increíble lo que les era dado a ver en aquel momento.

Ellos, que habían esperado encontrarse, en el mejor de los casos, posados en un mundo árido, pedregoso y hostil, de cuyos rigores sólo les equipos espaciales podían protegerles, veían ahora con sus propios ojos la pasmosa verdad.

Estaban en un auténtico paraíso.

Rodeados de esplendorosa vegetación, inmersos en un mundo frondoso, lujuriante de un verde brillante, deslumbrador, bajo un cielo inmensamente azul, limpio y sereno, donde brillaba la luz del sol que ninguno de ellos podía ni siquiera imaginar dónde estaba antes. cuando sobrevolaban Plutón y su única luna natural.

Por eso, con ser mucho, no era todo ni muchísimo menos. De aquellas arboledas exóticas, de aquellas frondas exuberantes, brotaban acá y allá pájaros de radiante plumaje, de colorido irisado, sobrevolando luego con majestuosidad aquel fantástico vergel.

—¡Que me vuelvan a enviar a la cámara de ejecuciones si parece posible todo lo que estoy viendo! —farfulló, deslumbrado.

De los árboles colgaban racimos de jugosos y grandes frutos tropicales, de apariencia fresca y sabrosa, de un increíble colorido brillante, pero cuya naturaleza resultaba absolutamente desconocida para los terrestres. Y a poca distancia rumoreaba el cristalino curso de un manantial, brotando entre la espesura para correr como un reguero, formando arroyuelo entre las hojarascas. Más alejado aún, era visible un surtidor de agua que. elevándose en el cielo, como una fuente natural, derramaba su caudal de agua líquida, transparente, sobre una amplia zona del paradisíaco lugar.

Es... es maravilloso —musitó Marla—. Un auténtico Edén...

No tiene sentido —jadeó Paul—. Esto no puede pertenecer a la luna de Plutón que vimos desde el aire, Marla...

Pues parece que no hay otra posible explicación al hecho —objetó Dolansky—. Mirad allí. Aquello es Plutón. si no me engaño...

Todos miraron adonde señalaba Dolansky. Era cierto Iras el horizonte boscoso y lujuriante, era visible en el cielo una parte de una enorme esfera grisácea, envuelta en nubes.

Era Plutón. Y estaban muy cerca de él...

—Estamos, realmente, en la luna de Plutón —admitió Paul—. Pero ¿por qué este increíble cambio?

Rocco Adonis alargó la mano y tomó un fruto de unos arbustos. Lo llevó a la boca y lo mordió. Una jugosa pulpa anaranjada llenó su boca y chorreó por sus labios. El mañoso pestañeó asombrado.

—¡Exquisito! —murmuró—. La fruta más dulce y sabrosa que jamás probé…

Los demás imitaron a Rocco. Ansiaban probar algo natural, lejos de los alimentos deshidratados de a bordo. Y, en realidad, aquellos frutos llenaron su paladar de sabores exquisitos, refrescantes y vitalizadores.

—Fantástico —corroboró McAdams—. Dulces y sabrosos como ningún otro fruto… ¿Dónde estamos, cielos, para que estos dones nos sean puestos al alcance de la mano, amigos míos?

—No lo sé, pero lo único evidente es que podemos sobrevivir aquí perfectamente —declaró Dolansky, des pojándose de su escafandra espacial respirando a pleno pulmón el aire límpido de aquel paraíso—. Hemos encontrado nuestro mundo por fin.

—Muy cierto —afirmó Dolansky, extasiado—. Vivir… ¡Y en un mundo así! Seguro que habrá caza, alimentos de todas clases… ¡Estamos salvados, muchachos!

—Eso me hace recordar algo —habló malignamente Adonis, y mirando ahora de reojo hacia Paul y Marla—. Ya no os vamos a necesitar, polizontes. Aquí terminó vuestra existencia. Lamento que no podáis compartir el Edén con nosotros…

Alzó su arma para disparar sobre los dos.

Paul aferró con fuerza la mano de ella. Marla respondió a su presión y le miró, esperando los disparos que disolvieran sus cuerpos en simples átomos disgregados por el asesino.

Entonces sucedió algo en aquel maravilloso paraíso cósmico.

Algo que cambió radicalmente todo.

CAPITULO VI

De súbito, plantas, árboles, vegetación e incluso aves paradisiacas se tornaron fosforescentes, luminosas, deslumbrando a todos con su repentino resplandor. Este duró unos segundos. Paulatinamente, la luz se oscureció los perfiles vegetales y alados se difuminaron... ¡y no quedó nada de nada ante los atónitos ojos de los presentes!

fronda, agua cristalina, cielo azul y luz solar, clima paradisíaco, ambiente de vergel, trinos de pájaros, árboles de exquisitos frutos jugosos... Todo había desaparecido como si jamás hubiese estado allí.

Y. en su lugar, un cielo sombrío, un viento cálido y asfixiante, rodeó a los viajeros cósmicos, en un clima de pesadilla y horror. Fulgores lívidos relampagueaban en el negro celaje, iluminando de forma dantesca los atormentados peñascos que les rodeaban, el suelo polvoriento, de cenicienta tierra áspera donde hundían sus pies.

-Dios mío, ¿qué está ocurriendo, Paul? —gimió aterrada Marla, abrazándose al joven canadiense.

- No sé... Es como un mal sueño, Marla. No entiendo nada —jadeó Duprez. confuso.

Los tres criminales se mostraban aturdidos, sin entender tampoco nada de lo que sucedía en torno suyo.

Les fue necesario, sin embargo, recurrir de nuevo a sus escafandras espaciales, porque era irrespirable aquel aire caliente, denso y asfixiantes, que lanzaba contra ellos oleadas de arenisca plomiza y ardiente.

—Esto es cosa de brujería —rezongó amedrentado Rocco Adonis, mirando con ojos desorbitados el agobiante y lúgubre paisaje en que se hallaban, tan distinto en todo al aparente Edén que les recibiera poco antes—. Hemos debido caer en un mundo hechizado... ¡No pueden ocurrir cosas así, por todos los demonios!

—Pero están ocurriendo, Rocco —suspiró abatido Dolansky—. Este es un paisaje de muerte. Nada ni nadie sobreviviría aquí, estoy seguro...

—Creo que te equivocas —replicó fríamente Duprez—. Mira allá lejos, Dolansky. Es algo vivo lo que se mueve...

No sólo Dolansky, sino también Adonis y McAdams giraron sus

caras hacia el punto que les señalaba Duprez. Ciertamente, algo se elevó en el aire cárdeno, sal picado de fulgores celestiales, emitiendo un seco golpeteo de alas.

Hubo imprecaciones de horror. Se miraron entre sí, despavoridos.

—Ese ave… —musitó McAdams—. Juraría que es… que es un… un…

Duprez asintió, siguiendo con los ojos preocupados el vuelo de aquella enorme ave oscura de amplias alas membranosas y larguísimo pico dentado, elevándose ahora sobre las basálticas rocas del horizonte, como una pesadilla horrible hecha realidad.

—Sí, McAdams —asintió sordamente—. Es un pterodáctilo… Un animal prehistórico, extinguido en nuestro planeta hace ya millones de años… Si esto es *real* creo que hemos pasado de un paraíso terrenal a un mundo en formación, a un área entediluviana…

Por si todo ese horror fuera poco, un sonido cercano, una especie de gruñido y un deslizar sordo por el terreno ceniciento, les hizo girar la cabeza con angustia.

Lo que ahora apareció ante sus ojos aumentó si cabe el pánico que dominaba a los cinco viajeros del espacio.

Detrás de unos grandes peñascos, algo gigantesco, reptante, estaba empezando a emerger. Unos ojos malignos y crueles, en los que se reflejaban los relampagueos de la silenciosa tormenta eléctrica que sacudía aquel mundo primario, se clavaron en ellos ominosos.

Un cuerpo gigantesco, escamoso, se arrastraba lentamente hacia el grupo, y una especie de enorme vela semicircular, formada por una gran membrana erguida entre los dorsales, se agitaban con un sordo golpeteo, rematando su arqueado lomo negruzco. Era como un lagarto, pero con el tamaño de un enorme hipopótamo.

—Es un reptil prehistórico… Una especie de animal de hace casi trescientos millones de años en nuestro planeta… —susurró Duprez, estupefacto—. Han sido hallados restos fósiles de esa clase de saurios en las formaciones jurásicas y cretácicas del hemisferio boreal de América y de Europa…

—Tu erudición científica me tiene sin cuidado, Duprez —se lamentó McAdams, lívido, retrocediendo ante aquel enorme monstruo que se aproximaba a ellos, implacable en su lentitud—. Lo

que me preocupa es su peligrosidad…

—No temas —dijo Adonis, decidido—. Yo me encargo de él.

Dirigió el arma hacia el monstruo. Disparó.

El chorro de luz desintegradora alcanzó al animal en pleno lomo. El reptil emitió un aullido feroz, se revolcó rabiosamente, agitando con furia su gran membrana vertebral, pero no fue vencido por la descarga. Por el contrario, su berrido de dolor y de rabia atrajo a otros compañeros suyos. Detrás de las rocas emergieron, a corta distancia, más de una docena de aquellos monstruos reptiles.

Adonis, despavorido, echó a correr con desesperación, arrojando su arma. También lo hicieron así McAdams y Dolansky. Duprez y Marla, sin soltarse, se movieron tras de ellos, mirando angustiados hacia los monstruos que iban cercándoles.

—Me temo que ésta sea nuestra última aventura, Marla —susurró Paul—. Lástima… Había empezado a sentirme a gusto a tu lado…

—Paul… —ella le miró, sin dejar de correr, con expresión enternecida—. Lo mismo me ocurre a mí…

Se miraron. Se detuvieron, sin parecer importarles ya lo que sucediera. Paul la tomó por los hombros y la aproximó a sí, tiernamente. Ella sonrió, entreabriendo sus labios.

—Si de todos modos hemos de morir, que sea ahora y aquí —murmuró Duprez—. Te quiero, Marla.

—Creo… creo que te amo, Paul, y no me importará morir a tu lado, aunque me hubiera gustado vivir muchos años de felicidad así junto a ti…

Se aproximaron el uno al otro. Se abrazaron. Se besaron. Parecía importarles ya muy poco morir o vivir. Sus bocas se unían, sus cuerpos se fundían en un contacto estremecido y apasionado…

Los monstruos escamosos les rodeaban ya, ominosos, prestos a destruirles implacablemente.

Y entonces…

Entonces, de nuevo un prodigio alteró todo cuanto les rodeaba, y les situó en un escenario radicalmente distinto.

* * *

Esta vez, tras iluminarse reptiles, piedras y suelo arenoso con

aquel fosforescente resplandor de la vez anterior, se diluyeron animales prehistóricos, cielo negro, relámpagos tormentosos y peñascos basálticos, para aparecer en su lugar, un nuevo escenario.

Se trataba de un corredor largo, de paneles resplandecientes, frió y aséptico, como formando parte de una estructura ultramoderna. Allá, en el fondo, aún corrían Adonis y sus dos compañeros, que de repente se detuvieron estupefactos, mirando en torno suyo, cada vez más desorientados.

Paul y Marla se separaron, despegando sus labios y contemplando incrédulos el lugar donde se hallaban.

—Y ahora... ¿qué sitio es el que estamos viendo, Paul? — indagó ella.

No lo sé. Estoy tan desconcertado como tú — confesó Duprez.

—Sean bienvenidos a nuestro mundo —dijo una voz profunda, que parecía surgir de todas partes y de ninguna a la vez.

Amedrentados, los tres criminales formaron una pina dirigiendo ojeadas medrosas en torno. Paul y Mar-la. más serenos, manteniéndose abrazados, miraron hacia la puerta que se estaba abriendo pausada, en uno de los paneles luminosos.

En el umbral de la puerta recién abierta, dos figuras aparecían, majestuosas y serenas. Dos figuras humanas de indudable arrogancia y dignidad. Vestían todas ellas (le blanco, en un tejido especial, que brillaba como la seda, y calzaban botas también blancas. Poseían rostros de apacible expresión, cabello blanco suave, facciones dulces y afables.

Eran un hombre y una mujer.

Y lo más notable de todo eran sus ojos.

Sus ojos. Paul nunca había visto nada parecido. Poseían una luz propia, como cuando resplandecen las pupilas de los gatos en la oscuridad. Una luz color dorada, que convertía sus globos oculares en auténticos lagos luminosos, centelleantes, sin diferencia entre el blanco y la pupila en sí. Era como tener ojos de oro puro, dotado de luz.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Paul—. ¿De dónde salí?

—Somos los dueños de este mundo. Y venimos a recibiros, tras haberos sometido a las dos pruebas iniciales.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? ¿La de situarnos en un falso edén y en un mundo de horrores amenazadores?

—Eso es, amigo mío —sonrió el hombre, mientras la singular pareja se aproximaba lentamente a ellos—. De ambas pruebas, obtuvimos consecuencias. Vosotros dos os amáis. Y vuestro amor es lo más importante de todo. Está por encima, incluso, de la vida y de la muerte.

—Sí, creo que es así —afirmó Marla, mirando a Paul con fervor.

—En cambio, vuestros compañeros son gente vil y miserable —sentenció con repentina entonación acusa dora el desconocido, volviendo con majestuosa lentitud su blanca cabeza hacia los sorprendidos criminales—. Iban armados, os tenían prisioneros y pensaban asesinaros. ¿Es ésa exactamente la situación?

—Así es —convino Paul—. Nos redujeron y pretendían deshacerse de nosotros. Son criminales. Pero de esta situación no es suya por entero la culpa. Les engañamos con una falsa promesa, y tienen sus motivos para odiarnos.

—Nadie tiene motivos para matar a nadie, amigo mío —sentenció suave pero firme el desconocido de blanca cabellera.

—¿Quiénes sois? —preguntó Marla, curiosa—. Habéis dicho que los dueños de este mundo... —Así es.

—¿Y qué mundo es el que estamos?

— *Tritón,* la luna de Plutón —explicó la mujer con dulce sonrisa —. Un mundo extraño y sorprendente.

—Sí, hemos tenido ocasión de darnos cuenta de eso. ¿Cómo hacéis para crear cosas que no existen en realidad?

—Es que existen —rectificó el hombre—. Existen en un momento dado... y dejan de existir al siguiente. Después de todo, los dioses pueden crear y destruir con la misma facilidad.

—¿Los dioses? —interrogó Paul, sorprendido.

—Así es. Los hombres crean y destruyen con un esfuerzo y unos medios. Los dioses se diferencian de ellos en que les basta desearlo, para conseguir dar vida o dar muerte a algo, lo que sea.

—¿Y quiénes son esos dioses?

—Nosotros, naturalmente —sonrió él.

—Vosotros... —perplejo, Paul meneó la cabeza—. Parecéis seres humanos, como nosotros. Incluso habláis muy bien nuestra propia lengua... Sólo me extraña vuestros ojos...

—Ahora, somos dioses de Tritón —explicó la mujer—. Pero, antes de eso, fuimos Leónidas Zakov y Natasha Daboska, dos

astronautas de la Unión Soviética...

* * *

Era un auténtico banquete digno de reyes. Paul y Marla contemplaron, fascinados, aquella larga mesa, repleta de las más exquisitas y bien cocinadas viandas, sin que faltase entra las bandejas y platos el vino dorado o tinto en jarras cristalinas, junto a copas de cristal tallado. Flores resplandecientes adornaban el centro de-la mesa. Surtidores rumorosos de agua en los rincones de la sala daban un murmullo suave de fondo, mezclándose con suaves melodías zíngaras, llegadas sólo Dios sabe de dónde.

—Pero esto... esto es fabuloso —ponderó Duprez, admirando aquellos manjares—. No es posible que en este planeta halléis esta clase de viandas. Esos crustáceos, esas carnes, esos pescados, esos frutos...

—Hay los mejores alimentos del mundo. Del mundo del que vosotros y nosotros procedemos, no de éste, ciertamente —sonrió el hombre, invitando a sus huéspedes a ocupar sus respectivos sitios en aquella mesa. Luego miró con frialdad a los tres aterrorizados bandidos con sus extraños ojos dorados y fulgurantes y les indicó otro extremo de la mesa—. Sentaos ahí. No dejo de ser nunca hospitalario con cualquier huésped, aunque sea de tan mísera condición como vosotros. Comed y bebed. Pero recordad que estáis en un mundo del que nosotros dos somos absolutos dueños y señores, y donde todo se hace según nuestra voluntad. Cometed un error, y seréis severamente castigados por los dioses. Ahora sentaos.

En silencio, obedientes a su extraño anfitrión, Adonis, Dolansky y McAdams se acomodaron donde les indicaban. La pareja de anfitriones se acomodó presidiendo la larga mesa, con Paul y Marla a sus costados.

—Comed cuanto gustéis —invitó él—. Estáis en vuestra casa, amigos.

—Sois muy amables los dos —Paul frunció el ceño, mirando a los dos que se llamaban a sí mismos «dioses»—. Lo que no logro entender es qué hacen dos rusos en este mundo, sin que nadie lo

sepa…

—Es una larga historia —suspiró el hombre—. Natasha y yo formábamos la tripulación de la nave *Oktober 11,* lanzada por la URSS para investigar los confines del Sistema Solar. La prueba se realizó a mediados del año 2005.

—Ya recuerdo —asintió Marla—. Pero se dijo que era una nave no tripulada, sólo provista de un robot especial…

—El robot existía, ciertamente —sonrió Leónidas Zakov con suavidad—. Pero el gobierno soviético ocultó que la prueba se realizaba con seres humanos. Formaba parte del secreto del intento. Este falló en parte. La nave se dio por perdida al romperse todo contacto con nosotros y la Tierra. Fuimos a parar a este mundo perdido y desolado que visteis desde el espacio.

—¿De modo que *Tritón* es realmente como lo hemos visto desde nuestra nave?

—En efecto. Pero estamos ahora en el subsuelo del mismo. Aquí hemos construido nuestro propio *habitat.* Por ese subsuelo viajó vuestra nave al llegar, tras penetrar en el interior del astro a través de una compuerta.

—¿La radiación que nos atraía era vuestra?

—Sí. No podíamos permitir que os perdierais en el vacio para siempre. Advertimos que flotabais ya sin rumbo fijo, y os trajimos hacia aquí.

—De modo que os debemos la vida…

—No nos debéis nada —rechazó Leónidas Zakov con un ademán suave—. Era lo justo.

—¿Cómo fue lo del paraíso y lo del mundo prehistórico? ¿Simple sugestión acaso?

—No, no —negó Zakov con firmeza—. Ya os lo dije antes: somos dioses.

—Dioses… —repitió Paul meneando la cabeza—. No sé, no puedo creerlo.

—Y, sin embargo, es cierto. No mentimos, amigo mío. Natasha y yo no somos ya los que éramos. Podemos *crear,* ¿entiendes? Dar vida a criaturas. Y darles muerte también. Crear mundos, lugares, formas de existencia animal, vegetal o mineral. Así construimos nuestro actual refugio subterráneo y sus medios. Así podemos ofreceros ahora esta mesa digna de reyes. Así vivisteis realmente durante unos

instantes en un vergel creado para vosotros, y luego destruido para suplirlo por un mundo hostil que castigase a gente como vuestros compañeros, con terrores nuevos a los que no les era posible hacer frente… Del mismo modo, también ese mundo espantable fue destruido luego sin dejar rastro de él. ¿Te das cuenta de lo que quiero decir? —alzó sus manos, que agitó en el aire, como un prodigioso ilusionista—. En nuestras manos, en nuestra mente, está todo el poder del Universo. Podemos crear mundos, gentes, seres, lugares, cosas… Y con igual facilidad podemos aniquilarlos sin dejar rastro de ellos. Lo que vivisteis no fue sino un simple juego, un entretenimiento que no nos es nada complicado llevar a cabo.

—Pero esos poderes… ¿de dónde llegaron? ¿Quién os lo concedió? —preguntó Marla, atónita.

—Ah, ése es un secreto que, por el momento, guardamos cuidadosamente, amigos míos —sonrió el astronauta soviético—. Por cierto, ¿no preguntabais por el robot que iba a bordo de la nave *Oktober 11?* Ahí lo tenéis… Os presento a *Delta 108,* nuestro leal camarada de vuelo cósmico, y sirviente fiel en estos momentos.

Por una puerta lateral entró en la amplia cámara un curioso personaje cibernético. Poseía la figurilla de un pequeño ser humano, rodando sobre dos soportes esféricos en vez de piernas, todo él de metal, y provisto de un largo cuello articulado, cabeza oval, también metálica, ojos formados por rendijas de luz y una laminada, que vibró al emitir sonidos metálicos, ante el pasmo de todos los recién llegados:

—Hola, amigos. *Delta 108* os saluda y confía en que tengáis una feliz estancia en *Tritón.* Es agradable siempre encontrarse con humanos que no han sido creados por mi señor, y que vienen del mundo donde yo fui creado.

—Como veis —sonrió Zakov—, *Delta 108* es bastante charlatán y perfecto conocedor de la diferencia entre seres humanos creados por nosotros a los que existen en otros lugares.

—¿Alguna vez tuvisteis invitados en este planeta? —indagó Marla.

—Nunca, ciertamente. Ni rusos ni americanos habían llegado ya jamás tan lejos como nosotros antes y vosotros ahora. Hemos visto pasar naves, es cierto, pero no eran terrestres, sino procedentes de otras galaxias, y se dirigían a lugares remotos, pasando de largo por

nuestro Sistema Solar. Ni siquiera quisimos saber qué clase de seres viajaban en ellas.

—¿Qué fue de la nave *Oktober 1P*.

—Sus restos yacen en un lugar de este planeta, como un monumento al pasado. No volverá a volar jamás, quedó muy destrozada por el impacto.

—Pero ustedes podrían regresar a la Tierra si lo desearan —apuntó Marla—. Si realmente son dioses… pueden hacerlo cuando quieran.

—Así es —sonrió apacible Leónidas Zakov—. Estamos facultados para ello. Pero incluso los dioses tienen sus limitaciones. Nosotros conocemos las nuestras. Podemos núcleotransportarnos a cualquier punto del Universo, la Tierra u otro cualquiera. Pero *sólo una vez.* ¿Se dan cuenta? Una vez fuera de este mundo, dejaríamos de ser dioses, para volver a ser simplemente, hombre y mujer, dos criaturas humanas con todas sus limitaciones. Ya jamás tendríamos los poderes que ahora tenemos, ni nos sería dado regresar a *Tritón.* Natasha y yo seríamos felices volviendo a la Tierra. Ella volvería a ser una funcionaría del Gobierno soviético, y yo un astronauta en servicio. No se nos permitiría ser marido y mujer, porque hoy por hoy según las leyes, los astronautas no pueden casarse.

—Eso es cierto —asintió Paul Duprez—. En el año 2002 se dictó esa ley por igual, tanto en su país como en el nuestro. Si yo quiero casarme, dejo de ser astronauta.

—Nuestro caso es peor —suspiró Zakov—. La ley rusa es más severa. Ningún astronauta puede solicitar la jubilación o la baja de su labor hasta cumplir los cuarenta y cinco años. Y aun entonces, no podrá casarse con una funcionaría como Natasha, dependiente de otro organismo estatal

—Entiendo. Prefieren seguir aquí… —sonrió Paul—. Son felices.

—Mucho —Natasha miró a su compañero—. No renunciaría a esta forma de vida por nada del mundo. Junto a Leónidas soy la mujer más dichosa de todos los mundos.

—La comprendo —asintió Marla, conmovida.

—Pero ¿y nosotros? —indagó en ese punto Duprez—. ¿Podríamos nosotros volver a nuestro paneta?

—Sinceramente, no lo sé —confesó el hombre del cabello blanco —. Es la primera vez que esto ocurre. Nuestros poderes pueden tal

vez devolveros a la Tierra. Lo intentaré, palabra. Es posible que podamos reconstruir vuestra nave a la perfección , facilitándole el retorno.

—Si nosotros volvemos, seremos ejecutados en la cámara de la muerte —se quejó Adonis, sombrío.

Zakov les miró con frialdad. *Delta 108,* entre tanto, servía vino en las copas, retiraba con presteza algunos platos y servía otros, con la eficiencia del mejor camarero.

—No puedo hacer nada por vosotros —manifestó—. Quien mata, debe morir. La ley siempre fue así. O debió serlo. La debilidad de los hombres para defenderse de los que derraman sangre inocente es causa de que aún corra más sangre.

—No les hagas cosas —replicó Paul—. Nadie va ejecutarlos ya. Se ganaron su derecho a vivir. Se les conmutará su pena por la de prisión perpetua. De modo que el regreso no es tan malo. Yo no diré a nadie que intentaron asesinarnos, para no empeorar las cosas. De modo que es todo lo que puedo hacer por vosotros, Adonis.

—¡Vete al infierno! —gruñó el *gánster,* malhumorado.

Los dorados, inquietantes globos oculares de Leónidas Zakov, se fijaron en él con frialdad casi ominosa.

—Sigo pensando que no merecen la vida —sentenció—. Lo justo es vida por vida...

—Eres algo cruel, Zakov —reprochó Paul.

—Los dioses tenemos que ser crueles y generosos a la vez. Pero la generosidad, como la crueldad, es para el que se la merece, amigo mío. Ahora, terminada la cena de bienvenida, venid a conocer nuestro mundo, amigos míos. Vosotros tres también podéis venir —añadió, mirando despectivo a Adonis, Dolansky y McAdams—. Después de todo, me guste o no, también sois mis huéspedes. Pero recordad algo: si es aquí, en mi propio mundo, donde cometéis un delito, un error, una violencia por leve que sea, algo que atente contra la seguridad e integridad de los demás, serán mis leyes las que os juzgarán, y no la de los hombres. Quiera Aquel que pueda fabricar dioses, que tal cosa no suceda jamás... o lo lamentaríais hasta el fin de vuestros días.

Se incorporó con majestuosidad indicando la salida del comedor. Le siguieron su compañera Natasha, que tomó dulcemente por la mano a Marla como si fuesen amigas de toda la vida, y comenzaron

la marcha hacia otro punto de aquel misterioso y fantástico mundo interior que poseía *Tritón* por obra y gracia de algún raro poder del que los dos soviéticos disfrutaban sin explicación desde su llegada. .

—¿Quién es «Aquel que puede fabricar dioses»? —se interesó Paul, acercándose durante el camino por otro largo corredor luminoso por el que ahora caminaban.

Los dorados ojos de luz le dirigieron una mirada inquietante. Zakov se encogió de hombros después, sin dejar de andar con aquella arrogancia suya tan mayestática.

—Ese es el gran secreto de que te hablé, amigo mío —dijo evasivo—, aún no ha llegado el momento de que lo conozcas.

Al final del corredor se abría una amplia puerta blanca, que se deslizó silenciosamente apenas llegaron ante ella los siete personajes. Zakov hizo un gesto invitador.

—Podéis pasar —señaló—. Bienvenidos al auténtico mundo de *Tritón,* morada de nuevos dioses...

Paul y los demás cruzaron aquella puerta con cierta expectación. Se hallaron en un lugar increíble, fastuoso, digno de un sueño delirante, de una fantasía de *Las Mil* y *Una Noches*... o más bien de la interpretación de un imaginativo artista de lo que sería el Olimpo mismo.

Era una especie de vasta, inmensa sala de columnas, rematadas por un techo de bóvedas cristalinas, de formas poliédricas, facetadas millones de veces, hasta reflejar luces irisadas por doquier. Bajo esas bóvedas cristalinas, entre las blancas columnas marmóreas, estatuas clásicas, de helénica belleza, se erguían majestuosas sobre sus soportes de mármol rosado.

¡Y las estatuas eran de oro puro macizo!

—Oro... —jadeó McAdams, fascinado, tocando la superficie dorada, brillante, de aquellas grandes estatuas—. ¡Oro auténtico, muchachos! Cada estatua de esta vale millones... Dentro de este palacio o lo que sea... hay un tesoro incalculable.

—Así es —admitió con gravedad Zakov—. Oro puro, sí. También puedo crear oro de la misma nada. ¿Os sorprende? Vedlo. Solamente un dios puede hacer algo así, ¿no es cierto?

Alzó sus manos ampulosa, casi dramáticamente. Su gesticulación tuvo un mágico efecto que dejó deslumbrados a los tres criminales, pero también a Paul y Marla. No podían dar crédito a sus ojos. De

súbito, ante sus ojos, las propias columnas de mármol, hasta el techo, eran ahora de oro purísimo, centelleante y magnífico.

—¡Oh, Dios, no! —aulló Dolansky—. Oro, todo oro… Nadie puede hacer algo así…

—Los dioses, si —sentenció frío Zakov, mientras Duprez le contemplaba, fascinado por aquella magia extraña, que iba mucho más allá del ilusionismo, ya que tocó el oro con sus manos, lo rascó, y comprobó que no era otra cosa sino el preciado metal.

—No es posible que pueda crear todo esto así —rechazó McAdams, lívido—. Sospecho que todo es pura sugestión, encantamiento o cosa parecida, y que nada es real.

—Todo es absolutamente real —sonrió desdeñoso el hombre que se llama dios a sí mismo—. Como puede dejar de serlo cuando yo lo desee, con mi sola voluntad. Y mi compañera, Natasha, también puede hacerlo a su antojo, ya os lo dije. Este es el mundo en que vivo. Mi mundo. Nuestro mundo. Creado por nosotros mismos. Podríamos poblarlo de seres vivientes, de personajes inteligentes y sensibles. Pero me resisto aún a ello. No deseo ser el Dios creador del Universo ni competir con él. Sólo acepto ser un dios como el que ahora soy, dueño de mi destino y del lugar que el azar me reservó para permanecer el resto de mis días.

Delta 108 les seguía con docilidad, sin que su mecanismo y su cerebro mecánico parecieran asombrarse mucho por los prodigios de su amo y señor. Desde aquella sala pasaron a otra más amplia aún, donde sobre un soporte de mármol y oro se alzaban los restos de una vieja nave espacial soviética, aun conservando la bandera de la URSS sobre su fuselaje. Era como el homenaje entrañable de los astronautas al vehículo, a su país, al pasado mismo de sus vidas. También, junto a esas piezas semidestrozadas de la *Oktober 11,* se veían armas convencionales de entonces, situadas junto a la nave, como un recuerdo más.

—Fantástico —ponderó Paul—. Es vuestro pasado, Zakov.

—Sí, lo es. El único recuerdo que nos queda de nuestro mundo, de nuestra patria… —había algo de emoción en su tono de voz—. Las armas se conservan tal como estaban entonces, hace quince años… Incluso sus cargas nucleares están en las recámaras, prestas a ser utilizadas, aunque nunca, nunca, lo serán aquí. La violencia queda desterrada hasta la eternidad del mundo que Natasha y yo

creamos.

—¡Eso es lo que tú dices, fantoche! —rugió de repente Rocco Adonis, dando un salto simiesco y apoderándose de una poderosa arma, un fusil nuclear, capaz de pulverizar a todos ellos y a parte de aquel recinto con un solo disparo—. Ahora, quietos ahí todos. Si intentas mover tus manos para alguno de tus actos de magia, amigo, os hago trizas a todos. Vamos, Rick, McAdams. tomad otras armas vosotros. Ahora somos los dueños de la situación.

Y soltó una dura, agria carcajada, manteniendo encañonado al hombre que se decía un dios, y aunque ahora parecía no ser capaz de reaccionar ante la mortal amenaza del asesino, convertido de repente en dueño y señor de la situación.

CAPITULO VII

Leónidas Zakov contempló con sus fantásticos ojos dorados a los criminales. No se alteró. Pero en sus facciones había en estos momentos un profundo desprecio y una evidente ira hacia los que en apariencia eran los más fuertes.

—¿Serán capaces de asesinarnos a todos nosotros? —preguntó sordamente.

—Si nos obligan a ello, no lo dude un momento, señor «dios» —rió sarcástico Adonis, esgrimiendo con firmeza el arma.

—¿Qué quieren a cambio de respetar nuestras vidas?

—Oro. Todo el oro que sea capaz de darnos. Y un medio para abandonar este maldito lugar y marcharnos a cualquier otro donde poder disfrutar de ese oro el resto de nuestros días.

—Sólo por codicia matarían...

—No lo dude un momento.

—Han cometido un error —suspiró Zakov—. Se lo advertí. Hasta ahora, dependían de leyes que ya no son nuestras. Pero desde este momento, el delito de que son reos ha sido cometido aquí, en nuestro propio mundo, y por lo tanto sometidos ya a nuestras leyes,

no a las de la Tierra.

—No diga tonterías —rió McAdams—. Ahora la fuerza está de nuestro lado. Si se mueve lo más mínimo dispararemos, y no podrá seguir haciendo sus bonitos y mágicos juegos de ilusionismo. Pero el oro, su oro, que es bien sólido, y eso es lo que queremos llevarnos.

—Nos asesinarán de todos modos, cuando tengan ese oro y el medio de marcharse —sentenció Marla con voz amarga.

—Lo sé —asintió Zakov. Miró a los forajidos con frialdad. Sus doradas pupilas eran dos focos de luz que los bandidos evitaban mirar directamente—. No temáis, amigos míos. Ellos nunca tuvieron la fuerza. Ni la tendrán. Vedlo. No necesito mover un solo dedo para ello. No soy un ilusionista. La fuerza creadora o destructora está en mi mente, en mi voluntad, en mi espíritu...

Lo probó de inmediato.

Sus ojos destellaron con intensidad por una décima de segundo. Ocurrió algo asombroso.

En las manos de los asesinos, las armas se convirtieron de súbito en polvo que se diluía entre sus manos como fina arena, dejándoles inermes, aturdidos y con gesto de infinito estupor.

Las estatuas de oro dejaron de serlo, para convertirse en simple mármol. Y una especie de serpientes metálicas, surgidas de ninguna parte, envolvieron a los tres hombres, inmovilizándoles y apartándose a ellos como si poseyeran vida propia.

—¿Qué diablos significa...? —comenzó Adonis pálido de muerte.

—Significa que habéis perdido —sentenció fríamente Zakov, con infinito desprecio—. Cometisteis un delito y sois prisioneros de nosotros, los dioses de *Tritón.* Ahora sólo nuestra voluntad resolverá sobre vuestra suerte.

—¡Maldito! —aulló McAdams, forcejeando en vano con aquellas cintas metálicas que le oprimían diabólicamente—. ¿Qué clase de sucio juego ha sido éste?

—Sólo vosotros ignoráis lo que es jugar limpio —manifestó majestuoso el hombre que se definía como un dios—. Por tanto, id a donde os corresponde.

Y sin necesidad de hacer tampoco ademán alguno con sus brazos en esta ocasión, los tres hombres, con sus metálicas ligaduras vivientes, desaparecieron de la escena sin dejar el menor rastro. Como si se hubiesen evaporado en el aire.

Paul pestañeó, desorientado. Sintió cierta alarma al preguntar:

—¿Qué les ha sucedido, Zakov? —No temas —sonrió éste—. No les he destruido... todavía. Son mis prisioneros, ya te lo dije.

—Están en lugar seguro. A buen recaudo —suspiró Natasha, su compañera, con suavidad—. No somos como ellos, amigo. No destruimos lo que nosotros no hemos creado. Sólo Aquel que puede crear dioses, tendrá la facultad de juzgar y sentenciar a esos hombres, llegado el momento. Mientras tanto, permanecerán recluidos, bajo la vigilancia de nuestro leal *Delta 108* .

Sin que fuera preciso darle instrucción alguna, el simpático robot se alejó hacia un lugar determinado, deslizándose sobre sus rodantes esferas de las extremidades inferiores.

—Y ahora, ha llegado el momento de que, realmente, sepáis por qué hemos llegado a poseer estas facultades —dijo Zakov a Duprez —. Seguidnos los dos. Sé que sois personas honradas y no pretenderéis utilizar para nada malo todo cuanto yo os enseñe.

En silencio, la joven pareja siguió a los actuales habitantes de *Tritón,* los que un día, quince años atrás, llegaran a aquel satélite de Plutón con la primera nave espacial soviética tripulada que alcanzaba los confines del Sistema Solar, que también había sido la primera nave humana en alcanzar secretamente tan remotas regiones espaciales.

Cruzaron espléndidos jardines y largos porches de aquel palacio suntuoso y extraño, que sus poderes habían creado en las entrañas de un modo desolado y yermo. Cada vez con más fuerza, Paul y Marla comprendían que se hallaban ante seres de un excepcional poder, aunque todavía dudaban de que fueran realmente dioses, como ellos decían.

Por fin, una amplia escalinata se abrió ante ellos tras unas altas puertas doradas, que Duprez no vaciló con considerar que debían ser también de oro puro, y por ello de un valor incalculable.

—Mirad —dijo Zakov—. Allí está...

Señalaba arriba, a lo alto de aquella fantástica escalera de más de cien peldaños, hacia una especie de gran estrado, semejante al que podría ocupar un auténtico dios olímpico.

Paul y Marla, impresionados, apretaron sus manos con fuerza, fija la mirada en el singular objeto que se alzaba en la cumbre de la escalinata.

Era una pirámide.

Una pirámide negra, lustrosa, brillante, como un vidrio color azabache o de basalto bruñido.

Emitía un fulgor extraño, difuso, como un halo de luz que no parecía provenir de parte alguna, ya que sus caras eran opacas e intensamente negras.

—Una pirámide... —susurró Paul, sorprendido.

—Eso es: una pirámide. Tal vez el secreto de todos los secretos, Duprez, amigo —murmuró Leónidas Zakov—. Pirámides fueron construidas por los antiguos egipcios. A remota distancia, en lugares donde por lógica ellos no podían tener contacto, pirámides semejantes fueron edificadas por civilizaciones precolombinas en el continente americano. Las pirámides han tenido siempre raras propiedades comprobadas por la ciencia, y su propio significado y simbolismo ha sido siempre un absoluto misterio para los humanos. La Pirámide es, quizá, la clave de la Vida y de la Muerte, el principio y el fin de todo.

—Y esa pirámide, en particular... ¿qué significa? —quiso saber Marla.

—Esa pirámide, querida —terció ahora Natasha Daboska— es... Aquel Que Puede Crear Dioses.

—Temo no entender nada... —susurró Paul, perplejo.

—Es fácil de explicar, aunque no de comprender. Cuando llegamos a *Tritón* —comenzó a explicar Natas-ha con suavidad—, este era un el mundo árido y desértico que habéis podido ver desde el espacio. Destruida nuestra nave y con provisiones sólo para unos pocos años, comprendimos que éste era el fin definitivo. Y entonces ocurrió el sorprendente hacho que aún no hemos podido explicarnos. Surgió de entre las rocas esa pirámide, flotando primero en el vacío, como si llegara de las remotas estrellas, y terminó posándose en el desierto pedregoso, ante nuestros maravillados ojos.

—Nos acercamos a ella —prosiguió Zacov—. Y la contemplamos larga, fijamente, intentando penetrar en su significado. Algo, una radiación, una onda de luz y de clarividencia repentino, llegó a nuestros cerebros. Era evidente que esa pirámide emitía *algo,* una energía o lo que fuese. Y que nosotros recibíamos ese algo. La pirámide, sin palabras, nos explicó que teníamos la oportunidad de ser dioses además de hombre y mujer.

Que en su poder estaba todo el poder del Universo, y podía sernos transmitido, si demostrábamos ser capaces de llegar a convertirnos en auténticos dioses. Yo, al principio, dudé de mi razón. Pensé que este planeta nos estaba enloqueciendo.

—Pero no fue así —añadió Natasha—. Cuando empezamos a tener fe en las cosas -que esa pirámide nos transmitía, nuestros ojos comenzaron a cambiar. Se tornaron luminosos, dorados, y algo cambió en nuestro ser. Hicimos varios experimentos y resultaron positivos. ¡Podíamos crear vegetación, agua, aire respirable! Nos era posible dar vida a cosas que antes no existían... y destruirlas, si ése era nuestro deseo, un momento después. No eran alucinaciones ni juegos de ilusionismo. Eran realidad, tangible realidad creada por nosotros. ¡Ya éramos dioses!

Paul meneó la cabeza, anonadado.

—Increíble —susurró—. ¿Y no sabéis *de dónde* llegó esa pirámide creadora de dioses?

—No —negó Zacov—. Nunca quisimos saberlo.

—Y dudamos mucho que ella quisiera decírnoslo alguna vez — apoyó Natasha—. Creo que es su gran secreto. Tal vez, en el fondo, el secreto mismo de la Creación.

—Dios mío —murmuró Marla—. Hombres dioses... Mujeres diosas... Un Olimpo en un pequeño satélite de Plutón... Es como una leyenda.

—Una leyenda hecha realidad, querida —sonrió Natasha—. Es más, vosotros sois ahora nuestros amigos y compañeros. No podéis regresar a la Tierra. Las averías de vuestra nave son difíciles de resolver, aunque acaso sea posible gracias a nuestros poderes. Pero os queremos hacer un ofrecimiento mejor aún. Díselo, Leónidas.

—Sí, Duprez. Natasha y yo hemos pensado lo mismo. Sois nobles, generosos y honrados. Creo que lo merecéis. Decidme, ¿queréis vosotros también... convertiros en dioses?

—¿Nosotros? —se sorprendió Paul. Miró la pirámide, fascinado —. ¿Podríamos hacerlo?

—Sí —afirmó Natasha—. Podéis ser dioses. Los dos. Bastará con subir esa escalera, mirar fijamente un tiempo a la pirámide y esperar sus radiaciones. Cuando descendáis de nuevo de esa escalera, vuestros ojos despedirán luz dorada y vuestra voluntad será omnipotente.

Paul y Marla se miraron. Ella meneó la cabeza negativamente. Paul respiró hondo y se volvió a sus anfitriones.

—Estaba seguro que la respuesta de mi compañera iba a ser ésa —murmuró—. Los dos pensamos igual. No, no queremos ser dioses.

—Pero es tan fácil... Todo estará a vuestro alcance, Duprez.

—Aun así, no queremos serlo. Creo que los humanos jamás debemos convertirnos en dioses, ni tan siquiera por un don superior que no buscamos. En el fondo, seguiríamos siendo seres humanos, y nunca seríamos dioses perfectos. Prefiero seguir pensando que existe un solo Dios, y continuar siendo una vulgar criatura suya, como todas las demás, Zacov.

—Eso no impedirá que seas un dios. Tal vez es sólo voluntad de ese Creador supremo en el que todos creemos...

—Tal vez. Pero me hizo nacer hombre, y eso basta. Agradezco vuestros deseos, pero no los comparto. Ni Marla tampoco.

—¿Y os resignáis a quedaros aquí hasta que ese regreso sea posible, como simples humanos invitados nuestros?

—Si no hay otro remedio, si —miró de nuevo a la pirámide con fijeza—. Deja tranquilo ahora a tu fabricante de dioses. No queremos nada de él., Pero siempre agradecemos vuestra hospitalidad y generosidad, amigos míos.

—Está bien. En ese caso, salgamos de aquí —suspiró Zakov—. Ahora ya conocéis el gran secreto. Y si alguna vez queréis cambiar de idea, ya lo sabéis: seremos muy felices de compartir con vosotros nuestros poderes.

CAPITULO VIII

Adonis miró con mal dominada ira a sus compañeros de cautiverio.

—Tenemos que salir de aquí, sea como sea —manifestó entre dientes, mordiendo las palabras con rabia.

—¿Salir? —dudó Dolansky, encogiéndose de hombros—. Lo veo difícil, por no decir imposible.

—¿Es que vais a resignaros a quedaros sin hacer nada, en manos de ese par de chiflados? —se enfureció el mafioso.

—No sé si serán chiflados, pero sus poderes me asustan —confesó McAdams—. Ya viste lo que fueron capaces de hacer.

—¡Bah! Simples trucos —rechazó Adonis con desprecio—. He visto cosas parecidas en los escenarios y en los circos.

—No digas tonterías —se irritó Dolansky—. Eso no era ilusionismo Ya triste y tocaste el oro. También las armas, ¿no? Y. sin embargo, se volatilizaron en nuestras manos como si fueran terrones de azúcar. Esa gente posee en realidad un poder diabólico. Basta con ver sus ojos. No. no conduce a nada pensar en salir de aquí. No va a ser tan simple como imaginas, Rocco. No debimos enfrentarnos a ellos. Tal vez por las buenas hubiéramos logrado mucho más...

—¡Por las buenas! —rezongó Rocco malhumorado—. No soy de ésos. Y no espero nada de esa pareja de rusos malditos. ¿Está eso bien claro?

—Pues no sé qué puedes esperar de nada ni de nadie. De aquí no es fácil salir. Y ya oíste lo que dijo. Debe ser temible cuando castiga.

—Se creen dioses y no son más que dos locos maníacos —refunfuñó Adonis—. Si pudiera vencerles, les haría pedazos gustosamente.

—Eso es más fácil que nos lo hagan ellos a nosotros —silabeó Dolansky—. Mira ahí fuera. Ese maldito robot es nuestro vigilante. ¿Quién puede burlar a un ser de metal y con unos circuitos electrónicos por cerebro? Hará justamente lo que tenga programado.

Adonis miró por la rejilla de la puerta que cerraba su celda, blanca y cuadrangular, comprobando que, en efecto, como un vigilante minucioso. Los ojos del *gánster* centellearon. Se apartó, pensativo, mirando a sus compañeros de cautiverio.

—Tú lo has dicho —murmuró—. Es sólo un robot. Está programado, Dolansky.

—¿Y qué? —se encogió de hombros.

—Que no piensas. Sólo sigue su programación. No estamos en situación de reprogramarlo. |

—No, claro que no. Primero, no entendemos palabra de cibernética. Y segundo, estamos prisioneros y no podemos alcanzar a

ese robot. ¿A qué vienen esas conclusiones tan brillantes, Rocco? —se enfureció McAdams.

Escuchad: esos dos tipos, los supuestos dioses, han debido programar a su robot para que sea un fiel sirviente y cumpla sus órdenes en todo, ¿verdad?

—Verdad.

—Ellos, en principio, pretenden ser nobles, generosos y honrados por encima de todo. Se portan con sus huéspedes como anfitriones perfectos, deseosos de que todo sea agradable para sus visitantes. -¿Y qué?

—Es estos momentos, nosotros somos todavía sus invitados. Para el robot, somos unos cautivos que aún no han sido juzgados. Sabiendo el robot como piensan sus amos y estando programado para ser como ellos, no podría permitir que sufriéramos ni corriéramos peligro alguno...

—Aunque así fuese, ¿cómo vas a convencer a ese robot de que sufrimos o corremos peligro estando encerrados aquí? —se extrañó Dolansky, pensando que Adonis se había vuelto loco.

—Muy sencillo: intentándolo del modo más simple del mundo —rió Adonis entre dientes—. Y sin darle tiempo a obrar de otro modo. Vosotros estad prepara dos. Y actuad como os dicte vuestro instinto, llegado el momento.

Ante la sorpresa de ambos, Adonis comenzó de repente a emitir terribles alaridos, como si un dolor insoportable le atacara, y se desplomó en el suelo, revolcándose espasmódicamente, sin dejar de aullar y quejarse en voz alta:

—¡Mi ataque! ¡Mi ataque! ¡Apartaos! ¡Apartaos o acabaréis contagiados! ¡Oh, cielos, me muero, me mué ro entre dolores insufribles! ¡Amigos míos alejaos de mí o el virus se transmitirá de inmediato a vosotros! ¡Pensad que sólo unos segundos de contagio son suficientes!

—¡Pero no podemos salir de aquí, Rocco, no podemos alejarnos de ti! —clamó McAdams, siguiendo la farsa.

Delta 108 se detuvo en sus paseos. Rodó hasta la puerta. Sus rendijas visuales miraron al interior, descubriendo la escena. Y, como Adonis pensara, su programación actuó sobre él de forma automática: no podía consentir dolor, sufrimiento o peligro para nada que fuese huésped de sus amos. Y allí el peligro era inminente,

cuestión de segundos, le decían sus circuitos.

Abrió la puerta con su mano magnética. Entró en la cámara presuroso, para evacuar a los prisioneros y aislar al enfermo que decía ser tan peligrosamente contagioso. Sería su último error de su cibernética existencia.

Apenas se inclinó sobre Adonis para recogerlo. McAdams y Dolansky saltaron sobre él con todas sus energías, jugándose el todo por el todo, convencidos de que era su única y última oportunidad.

La manazas asesinas del albino McAdams golpearon bestialmente las articulaciones metálicas del robot, mientras Dolansky machacaba una y otra vez la cabeza del ser mecánico con violentos mazazos de sus recios puños. A su vez, Adonis había reaccionado con celeridad, aferrando al robot y manteniendo entre sus ranuras de la cabeza y pecho fragmento metálicos de su cinturón. Provocó un cortocircuito en el interior, y el robot empezó a desprender chispas, mientras se inmovilizaba, con espasmódicas convulsiones.

Una pequeña explosión tuvo lugar dentro del cuerpo de metal, humeó por sus rendijas y quedó quieto por completo. Sus circuitos estaban interrumpidos de forma definitiva.

—¡Lo logramos! —aulló Adonis febril—. ¡Vamos, hay que salir de aquí, en seguida!

Los tres asesinos abandonaron al destruido robot en su celda, corriendo por las interminables galerías, muy atentos a no tropezarse con sus temibles anfitriones.

Y sin ellos mismos saberlo ni sospecharlo, sus pasos iban a ser conducidos por el destino hacia un lugar donde la maldad de los tres podía encontrar su auténtica apoteosis, su arma suprema e invulnerable.

Encontrando a su paso una enorme puerta de oro, se detuvieron, maravillados, sin dar crédito a sus ojos. La puerta se abrió por sí sola, lentamente. Miraron al interior.

—¡Eh, mirad eso! —jadeó McAdams—. En lo alto de la escalinata...

Miraron. Vieron la pirámide negra en su estrado.

Ellos lo ignoraban. Pero acababan de encontrar la fuente de poder que podía convertirles en los crimina les más poderosos del Universo...

* * *

Leónidas Zakov se incorporó de un salto. Sus dorados ojos fulguraban como dos faros cegadores. Temblaron sus manos. Parecía en trance. Natasha también, inesperadamente, se había puesto rígida y tenía estremecimientos en su cuerpo.

—La pirámide... —jadeó el ruso—. Algo ocurre...

—Ya lo veo, Leónidas —murmuró ella, en tensión—. *Delta Delta 108* ha dejado de existir. Le han engañado. Le han destruido...

—¡Y los asesinos han escapado! —añadió Zakov, crispado—. ¡Están en la sala de la Pirámide!

—Dios mío, ¿qué sucede? —demandó Paul, alarmado, incorporándose también.

Había estado conversando apaciblemente en aquella cámara, antes de retirarse a sus habitaciones a descansar. De súbito estaba sucediendo todo esto. Una singular excitación dominaba a los astronautas soviéticos.

—Si esos hombres adquieren el poder de la Pirámide... —habló Zakov horrorizado—. ¡Será el fin de todos! ¡Ellos destruirían mi obra y nos destruirían a nosotros!

—Es una horrible posibilidad —se alarmó Paul—. Los conozco bien a los tres, sobre todo a Adonis. Pueden ser capaces de todo...

—Vamos, es preciso evitarlo, si aún estamos a tiempo... que lo dudo —musitó Zakov roncamente.

—Siempre sostuve que es peligroso tener un fabricante de dioses al alcance de la mano —murmuró Mar-la, siguiendo a los dos rusos y a Paul, a toda carrera.

—Cierto, Marla —asintió Duprez—. Los hombres jamás deberían desear convertirse en dioses. Y menos aún tener al alcance de cualquiera un objeto como esa pirámide prodigiosa...

Corrieron por los pasillos blancos luminosos. Llegaron ante las puertas de oro, que aparecían abiertas.

Y comprobaron que era demasiado tarde.

Descendiendo por las escalinatas, majestuosos y triunfantes, los tres forajidos avanzaban hacia ellos... ¡y sus ojos eran esferas de oro centelleante, que revelaban su flamante poder de dioses!

—Oh, no... —gimió Natasha—. Ya no hay remedio. Ellos... ellos también son dioses.

—Demasiados dioses para que haya paz —murmuró Duprez. crispado—. ¿Qué va a ocurrir a hora? ¿Poseen idénticos poderes a los vuestros, aunque el mal sea su condición?

—Iguales. La Pirámide no distingue entre el bien y el mal. Han recibido sus radiaciones, y ahora pueden crear y destruir a su antojo...

Rocco Adonis lanzó una estentórea carcajada mientras clavaba sus ojos en ellos, cuyo dorado brillo revelaba una malignidad infinita.

—¡Ahora soy yo el poderoso, amigos! —bramó, frenético— . ¡Voy a destruiros a todos, voy a ser el más grande dios de todos los rincones del Universo! ¡Ahora sé lo que se siente siendo todopoderoso, omnipotente y capaz de hacer y deshacer a mi antojo! ¡Vais a pagar todo cuanto me hicisteis antes, malditos seáis todos!

Y alzó sus manos, enfáticamente, para indicar el ata que con sus terroríficos poderes actuales, puestos al ser vicio de su perversa voluntad.

* * *

Paul Duprez y Marla retrocedieron, angustiados, ante aquel enfrentamiento irremisible con las fuerzas del Mal, fortalecidas ahora por un poder mítico llegado de las estrellas.

Pero tanto Zakov como Natasha, habían decidido luchar a muerte por el poder y el triunfo, también por sus propias vidas y la de sus invitados. Sus ojos se enfrentaron a los de los tres asesinos.

Fue un choque brutal, digno de la mitología. Un enfrentamiento auténtico de dioses. Dioses del Bien y del Mal, encarados en un Olimpo furioso y apocalíptico.

Porque apenas chocaron las doradas luces de sus ojos entre sí. tembló el suelo, vibraron los muros y sonaron estruendosos redobles en lo alto, como truenos de una tormenta creada por la propia fuerza de Marte.

El suelo comenzó a resquebrajarse, mientras saltaban chispas

doradas en el aire al chocar los haces de luz color de oro de aquellos ojos superdotados. Eran fuerzas antagónicas e iguales que chocaban entre sí, en espeluznante duelo de poder y energía.

Paul observó que también las cúpulas y las comunas temblaban, indicando leves resquebrajamientos. Miró a la pirámide negra. que temblaba sobre su base, allá en la altura. Una idea demencial pasó por su mente.

—¡No te muevas de aquí, Marla! —susurró.

Y se precipitó escaleras arriba, por los cien peldaños blancos, mientras los tres asesinos y los dos soviéticos sostenían su batalla visual y mental, su enfrentamiento de poderes, que dada la diferencia numérica, parecía decantarse fatalmente del lado de los criminales.

— ¡Paul, vuelve! —gritó Marla, angustiada—. ¿Adónde vas? ¡Es una locura! ¡Todo esto va a derrumbarse de un momento a otro! ¡Paul!

Pero Duprez no la hizo caso. Estaba cada vez más arriba, ya a mitad de la interminable escalinata, salvando los peldaños de cinco en cinco. En este momento, los rayos visuales de dos de los criminales, concentrados en Natasha, decidieron la lucha trágicamente.

La infortunada mujer rusa emitió un alarido de supremo dolor, su cabeza empezó a despedir un vaho extraño, sus ojos estallaron... y entre un chisporroteo dorado, se derrumbó inerte a pies de su compañero. Marla, horrorizada, se inclinó para atender en vano a la infortunada mujer.

Rabioso, espoleado por la ira al perecer su fiel compañera. Zakov se encaró con fiereza con sus enemigos, pese a que ya eran tres los haces de doble luz dorada, repletos de poder destructivo, dirigidos hacia un solo hombre y un solo par de ojos. Pero aun así, el enfrentamiento era terrible, porque Zakov resistía el embate.

Destellos dorados saltaban por el aire. Muros, columnas, techos y suelos temblaban con violencia, desprendiéndose fragmentos y agrietándose cada vez más.

Y Paul llegaba ya a la pirámide...

En ese momento, Adonis se dio cuenta de lo que sucedía a sus espaldas. Giró la cabeza. Sus ojos poseedores de todo el poder del Universo se volvieron hacia Paul. Intentaron destruirle. Él lo advirtió

y saltó ágilmente en el aire, cayendo sobre la pirámide. Un destello de oro saltó a sus pies, convertido en llamaradas. De haberle alcanzado, le hubiese destruido.

Frenéticamente, Paul intentaba ser un dios… o destruir a todos los dioses. Y ahora ya no tenía otra opción, puesto que Adonis le había descubierto e intenta ría aniquilarle con su poderosa mirada.

Se aferró a la pirámide y la empujó con violencia hacia la escalinata. El cuerpo basáltico, de lustrosas paredes, era liviano como una pluma. Flotó, empezando a rodar escaleras abajo. A medida que golpeaba en los peldaños se iba quebrando y haciéndose pedazos primero y polvo negro brillante después. Era tan frágil como liviano. La pirámide parecía de azúcar o de vidrio quebradizo.

Apenas se destrozó en su larga caída, sucedió algo allá abajo, donde los dioses luchaban entre sí a muerte.

Los cuerpos de todos ellos cavilaron. Sus ojos dora dos se apagaron repentinamente, convirtiéndose en simples globos grisáceos, como los de un ciego. Oscilaron, empezando a caer. Adonis exhaló un alarido de rabia y se encogió. McAdams y Dolansky rodaron por el suelo, entre temblores convulsivos.

Y el propio Leónidas Zakov, el dios de *Tritón,* gimió débil, aferró sus manos crispadas en el vacío, y se desplomó, quedando inmóvil junto a su inerte compañera.

Paul corrió hacia ellos. Los temblores habían cesa do. Todo empezaba a diluirse en torno de ellos, con una luminosidad inicial que luego dio paso a una evaporación total de columnas, puertas de oro, escalinata, bóvedas y suelos lustrosos.

El paraje que quedó era muy distinto al anterior. Todo rocas, polvo y arena cenicienta… El mismo paisaje desolado que vieran desde el espacio, antes de posarse en el satélite de Plutón.

De todos los esplendores de antes, no quedaba nada en absoluto.

—Dios mío… —oyó susurrar a alguien—. Todo terminó…

Se volvió. Adonis y sus dos compinches agonizaban en aquel terreno áspero. También Zakov se moría irremisiblemente. Se arrodilló junto a él. El ruso le miró con aquellos ojos suyos, ahora grises y sin luz.

—No puedo verte, amigo… —murmuró—. Pero sé que estás aquí…

—Aquí estoy, Zakov amigo —corroboró Paul, cambiando una

patética mirada con Marla—. ¿Qué sucedió exactamente?

—Tú... desencadenaste el fin. Hiciste bien. Era lo mejor. Estaba a punto de ser vencido por esos canallas. Ellos... ellos hubieran terminado contigo y con tu compañera. Hubiesen utilizado todo su poder en vengarse, acaso en destruir la Tierra, en ser los más poderosos y los más ricos... Al destruir la pirámide, destruiste también la fuente de energía que nos convertía en dioses. Todo volvió a ser como antes. Pero ahora, sin esa energía, mi cuerpo se muere sin remedio.

—Yo tuve la culpa de ello...

—No, tú no. Tú hiciste lo correcto. La culpa fue mía. Tuviste tú razón. Los hombres nunca debemos aspirar a ser dioses. No hemos nacido para eso. Tuve un poder inmenso en mis manos y no supe utilizarlo. No hice otra cosa que crear un mundo que no existía. Tal vez, después de todo, no éramos tan dioses como pensábamos...

—Y ahora... todo vuelve a ser como antes. Me pregunto qué será de nuestras vidas aquí, en este mundo muerto. Va a ser una larga agonía la nuestra Zakov. Tú, al menos, te reunirás pronto con Natasha...

—Sí... Mi querida Natasha... —susurró el agonizan te—, También tuve la culpa de su trágico fin. Nunca debí convertirla en una diosa. Ni creerme invulnerable a cualquier enemigo. Ahora es tarde para rectificar... Pero vosotros no sufráis. Aún podéis regresar a vuestro hogar, a la Tierra...

—¿Cómo? —dudó Paul—. Ahora, sin vuestro poder, ¿cómo reparar la nave dañada?

—Aún queda en mí el último y débil vestigio de poderío —dijo el moribundo, aferrando a Paul y a Marla con una mano férrea—. Apretad mis manos con fuerza, amigos. Concentraos. Voy a utilizar mi última energía superior. Por una sola vez... la única vez posible... seréis nucleotransportados a la Tierra. Adiós, amigos... y suerte. Pensad alguna vez en Leónidas y Natasha. vuestros amigos... que quisieron ser dioses y no supieron serlo.

—Rezaremos por vosotros mientras vivamos —prometió Marla, apretando con fuerza aquella mano patética, aún vigorosa.

Paul también apretó con fuerza, y cerró sus ojos...

* * *

Cuando los abrió, todo era muy distinto.

Marla y él no apretaban mano alguna. No había el menor rastro de Leónidas Zakov, ni de la difunta Natasha, ni de los tres criminales que llegaron a ser dioses por unos minutos… Ni del astro que era satélite de Plutón.

Estaban en la Tierra. En la base espacial de donde partieran. Tendidos en la hierba de un parterre, ante los pabellones residenciales de la propia base de la NASA.

Incrédulos, se miraron el uno al otro. Luego se abrazaron, temblando. Se besaron.

—Paul… Oh, Paul… —susurró ella—. Di que no lo soñé…

—Imposible —rechazó el—. Yo también lo soñé, entonces. Pero hemos vuelto. Estamos aquí…

—Sí, estamos aquí. Y ellos, Natasha y Zakov… están allí, lejos… —los ojos de Marla se alzaron, escudriñando el cielo nocturno, salpicado de estrellas—. ¿Cómo pudo suceder todo esto, Paul?

—No lo sé, querida. No me lo preguntes. Tal vez no exista respuesta. Quizás seamos nosotros los humanos que más cerca estuvieron jamás de las propias fuentes de la energía creadora del Universo, al hallarse cerca de aquella extraña pirámide… Pero nunca sabremos la verdad completa. Nadie la sabrá jamás. Ni tan siquiera van a creernos.

—Pero tendrán que admitir que hemos vuelto… sin nave alguna.

—Eso sí. Y se preguntarán mil veces qué pudo suceder allá arriba. Pero no habrá respuesta. No se atreverán a buscarla siquiera. Ni revelarán a nadie nada de lo sucedido. Como pasó con la nave de Zakov y de Natasha, nuestro viaje y nuestro regreso serán mantenidos en secreto para siempre, estoy seguro. Pero aun así. vamos, querida. Hay que informar ya. Después de todo… hemos vuelto a casa.

—Sí. Paul. Hemos vuelto a casa…

Se cogieron con fuerza las manos. Y se echaron a andar hacia las luces.

FIN